

Hacia los 40 años democráticos

Por Sergio De Piero

Hoy sabemos algo que en 1983 deseábamos, pero ignorábamos: se abría para la Argentina el proceso de construcción de una democracia duradera.

La duda no era antojadiza, pesaban sobre nuestras espaldas muchas décadas de inestabilidad, de un poderoso partido militar, de una élite que no aceptaba el juego democrático como campo para resolver los conflictos, de una confrontación mundial en modo bipolar que sometía a los países periféricos en términos económicos y políticos. El 30 de octubre de 1983 se votaba luego de 10 años sin actos electorales y los últimos 7 bajo una oscura y violenta dictadura militar. ¿Qué desembocaba en ese día y qué comenzaba a cambiar? ¿Por qué fue posible que nos diéramos esta democracia? Iniciamos en estos días el camino que durará un año para cumplir 40 ininterrumpidos de vida democrática. Vamos a recorrer algunas de esas implicancias de esas preguntas.

El antes

Durante el siglo XX en términos políticos nuestro país vivió más momentos de inestabilidad que de continuidad democrática, al calor de una conflictividad que exigía cambios. Primero fueron las luchas por desterrar las prácticas excluyentes y fraudulentas que finalmente obtuvieron el voto universal, secreto y obligatorio para los varones en 1912. Esa nueva norma permitió la llegada del primer movimiento popular a la presidencia de la Nación de la mano de Hipólito Yrigoyen. Tres elecciones seguidas con un radicalismo triunfante hasta que en 1930 se produce el primer golpe militar que inauguró un período que duraría nada menos que 50 años. Si bien esa dictadura será muy breve, le sucede un régimen político fundado en el fraude electoral y la proscripción de candidatos. Esa situación deriva en un nuevo golpe, pero también abre una nueva época. La cuestión social, que había conocido hasta ese momento algunas moderadas respuestas y mucha represión, encontrará en la acción de Juan Domingo Perón la posibilidad de construir un movimiento político que genere respuestas desde el Estado a la cuestión obrera y social en general. Nace sin dudas una nueva etapa para los sectores marginados de la vida política y social. De la mano de una tendencia mundial en donde el Estado busca convertirse en motor del desarrollo, la noción de democracia se consolida de la mano de esa idea que vincula lo político con lo social y lo económico, generando un proceso histórico de inclusión. Pero el ciclo, fuera de sus propios problemas, es violentamente

interrumpido en 1955 por un golpe que se autodenomina “Revolución Libertadora” y que luego de los cruentos bombardeos sobre la Plaza de Mayo, logra derrocar a Perón pocos meses después y soñar con un Argentina libre de movimientos populares. No lo logra a pesar de proscribir al peronismo y exiliar a Perón durante 18 años. En ese mismo lapso ni los militares, ni el radicalismo en dos oportunidades, logran estabilizar el régimen democrático, de por sí viciado por la proscripción. El año 1973 señala que aquella estrategia ha fracasado y se realizan elecciones libres por primera vez desde los años 50. Pocos meses después Perón retorna a la Argentina, gana las elecciones presidenciales, pero fallece antes de cumplir un año en la Casa Rosada. Un nuevo y cruento golpe de Estado se instala en la Argentina abriendo una etapa de terror y destrucción. Ninguna interrupción militar anterior se pareció siquiera a esta trágica experiencia que le tocó vivir a la sociedad argentina, plagada de violencia, terror y destrucción de su aparato productivo. La democracia que le sucederá, tendrá las huellas de estas políticas.

Antes, una vuelta por el mundo

Todo sistema político responde a realidades de la sociedad en la que funciona, pero también a climas de época. No cabe duda que al observar los procesos políticos de cualquier nación podemos ver reflejado en él elementos propios de un momento de la historia, porque existen demandas comunes y tipos de respuestas que se asemejan en distintos puntos de la geografía. La globalización, un incremento de las relaciones entre sociedades, tiende a profundizar este fenómeno.

Así pues, ¿en qué anda el mundo hacia 1980? No se percibía entonces, pero vemos hoy con claridad que un proceso está terminando. En EE.UU e Inglaterra habían llegado al poder sendas propuestas conservadoras de la mano de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, quienes impulsan políticas pro mercado con una fuerte crítica hacia toda intervención estatal. Son también emergentes de una época que finalizaba; los años 60 habían conocido diversas convulsiones sociales, algunas de carácter revolucionario como la producida en Cuba, y varias experiencias de ese tipo en países de África y Asia en sus procesos de descolonización. El ciclo de la revolución en el tercer mundo parecía agotado. Es cierto que en 1979, un movimiento de ese tipo se había hecho del poder en Nicaragua luego de derrocar al dictador Anastasio Somoza. Pero ese proceso, antes que abrir un nuevo ciclo revolucionario, se convirtió en el último ejemplo de un momento que se agotaba. Anunciaba también algo que comenzaría a suceder pronto: En 1985 Mijail Gorbachov, secretario general del Partido Comunista de la URSS, anuncia un proceso de reformas y apertura que a la postre significó, en 1991, la disolución de la principal experiencia de socialismo real. Un mundo se estaba transformando, y en ese nuevo horizonte asomaba la democracia como régimen de gobierno extendido a buena parte del mundo.

Así lo fueron leyendo el conjunto de los países de la región. En 1976 con el golpe en Argentina, solo Colombia y Venezuela mantendrán gobiernos electos, el resto quedarán sumergidos en dictaduras. Pero en 1979 Ecuador convoca a elecciones generales y le seguirá Perú. En 1982 Bolivia y como sabemos un año después Argentina. En los años sucesivos, Uruguay y Brasil. El proceso democrático se demorará un poco en Chile (1990) y en Paraguay (1991). Queda claro que la suerte de la región implica un proceso ampliamente compartido, manifestando un involucramiento constante. La situación global nos señala también que el ascenso de las corrientes conservadoras, que a la vez que indican su abandono a apoyar procesos dictatoriales, nos dice algo sobre el marco en que se desarrollarán estas democracias y en particular sobre sus límites.

Democracia modelo 1983

Ese contexto mundial, y sobre todo la trágica experiencia de la dictadura militar, dieron forma a la transición. Como señaló el politólogo Norbert Lechner, esta se produjo en un cambio de época marcado por una orientación hacia la revolución, propia de las décadas de los 60 y 70, por otra que valoriza la dimensión democrática. Ese giro se expresó en los discursos de campaña, pero en particular en lo que se asumió debía ser un buen gobierno, en los fines que se proponían las políticas que se llevarían adelante. De este modo se consolida la idea, y Alfonsín fue clara expresión de esto, que la democracia es por sobre todo un procedimiento para seleccionar gobernantes y, con ello, ordenar los conflictos. El fortalecimiento de este principio surge también de la experiencia de la dictadura. La ausencia absoluta de mecanismos institucionales básicos permitió que se convirtiera en moneda corriente la desaparición de personas y los campos de concentración. Frente a la inacción de un Poder Judicial, la sociedad revalorizó instituciones como el habeas corpus, el derecho a un juicio y todas las implicancias del Estado de derecho. La política de terror llevada adelante por la dictadura revalorizó las instituciones liberales y significó un cambio notable respecto de la concepción sobre los políticos en épocas previas al golpe de 1976. Al mismo tiempo, la necesidad imperiosa por establecer el imperio de la ley y de desplazar los actores antidemocráticos de los espacios de poder, en este contexto particularmente a las Fuerzas Armadas, de algún modo limitó la noción de transición a la democracia, encuadrándose en el principio de elecciones regulares y libres pero expresando muy poco otros valores que le son intrínsecos, como el acceso al trabajo, a una vivienda, a una vida digna, es decir al conjunto de los derechos sociales y económicos. La evaluación fue, aunque no explícita pareció recorrer el debate de la época, “si extendemos la idea de transición a muchas dimensiones corremos el riesgo de no tener ninguna transición y por pedirle todo de inmediato a la democracia sintamos que ella defrauda y reiniciemos un ciclo autoritario”. Con otras palabras varios teóricos expresaron esta concepción en aquellos años. Reitero lo expresado en las primeras líneas de este texto: no había certeza en 1983 de que la democracia se reconquistara para quedarse y ese temor probablemente abonó diagnósticos moderados. El precio consistió en la construcción de una democracia institucionalmente fuerte en lo electoral, pero con serias deudas en lo social.

Ahora bien, en estas casi cuatro décadas las elecciones se desarrollaron con normalidad, sin proscripciones de ningún tipo y sin fraudes que torcieran la voluntad popular, más allá de algunas denuncias de casos marginales que nunca lograron demostrar la irregularidad. No es poco haber logrado la transparencia electoral. Y no es menor, porque la historia previa está marcada por la intolerancia de las élites a soportar el voto popular. Durante 18 años proscribieron a quien era la fuerza mayoritaria, el peronismo, pensando que esa persecución lo haría finalmente desaparecer de la escena política. El radicalismo había sufrido esa misma prohibición en la década del 30 a mano de los conservadores. Esto es, una práctica habitual de los sectores dominantes reacios a la participación popular y a su voluntad. En ese sentido, 1983 es la consagración del voto democrático que las élites, a través de las FF.AA., se habían negado a reconocerle a los sectores populares. Como señala Miguel Talento: 70 años demandó la aceptación por parte de las élites de la ley Sáenz Peña de 1912. Recién en los años 80, aceptaron su vigencia plena.

Al mismo tiempo, esta aceptación implicó otro pacto no escrito: ante una crisis, sea cual fuera el carácter de la misma, los distintos actores sociales renunciaban a sacar los pies del plato, de modo de participar siempre a través de las prácticas del juego democrático. Cuando un grupo de militares pensaron que podían recurrir a las prácticas de extorsión para imponer sus demandas -me refiero a los Carapintadas-, el conjunto de la sociedad expresó de plano su rechazo y si bien lo intentaron en varias oportunidades (1987, 1988, 1990) en todas fueron repudiados y finalmente disueltos como grupo de presión. Y todas las crisis vividas en este período como la hiperinflación de 1989, el atentado terrorista en la AMIA, la grave cuestión social que desembocó en la crisis del 2001, el conflicto en torno de la resolución 125 en 2008 y tantas otras situaciones se resolvieron siempre en el marco de las instituciones y prácticas de la democracia con mayor o menor grado de tensión, pero siempre en ese marco.

Es cierto, hoy escuchamos en el espacio público mensajes y afirmaciones que ponen en tensión ese pacto democrático pues algunos grupos levantan discursos violentos y agresivos señalando a ciertos sectores políticos, sociales y culturales incluso con amenazas. Hubo un atentado contra la vicepresidenta de la Nación que lejos estuvo de ser la obra de un marginal suelto. Un peligroso clima de odio e intolerancia comienza a convertirse en una marca cotidiana.

Pero al mismo tiempo, buena parte de la sociedad concurre a ver la película Argentina 1985. Mas allá del juicio estético que la obra puede generar e incluso de la mirada política que ofrece sobre los juicios a las juntas militares por violación a los derechos humanos y todo aquel proceso político, es evidente que ese momento histórico en que la democracia juzgó al terror y marcó límites sobre lo intolerable ocupa un espacio permanente y arraigado en la conciencia democrática de nuestra sociedad. La democracia, que se construyó con esfuerzo y con deudas, atesora aquella bandera en favor de los derechos humanos. Es probable que ella tenga mucho que ver en los 40 años que pronto vamos a celebrar.

Bibliografía citada

Norbert Lechenr (1987) Los Patios interiores de la democracia. Subjetividad y Política, FCE, Buenos Aires.

Miguel Talento (2006) Introducción en Cuadernos de la Argentina Reciente N°3

Acerca del autor / Sergio De Piero

Sergio De Piero

Director del Instituto de Ciencias Sociales y Administración (UNAJ). Doctor en Ciencias Sociales y Humanidades (UNQui). Licenciado en Ciencia Política (UBA). Profesor Titular Regular en Universidad Nacional Arturo Jauretche. Profesor Investigador en UBA – FLACSO. Profesor en Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

SOPA DE LIBROS

María Teresa Andruetto

El país de Juan

Ilustraciones
de Gabriel Hernández



AIQUE
ANAYA



UNO

...sólo piedra quedaba,
piedras y pocos hombres
con raíces de piedra, o de cabra.
João CABRAL

Los abuelos de Juan vivieron mucho tiempo de unas vacas que heredaron. Ordeñaban mañana y tarde las vacas y con la leche hacían queso y manteca, y así se alimentaban.

Trabajaban mucho en el campo y con lo que ganaban podían mandar a sus hijos a la escuela y comprarles cuadernos, zapatos y abrigo.

Cada tanto, bajaban por un día a la ciudad, iban hasta un parque de diversiones, tiraban al blanco y comían palomitas de maíz sentados en la plaza.

Pero la sequía, los gobiernos y los ladrones de ganado hicieron que poco a poco fueran perdiendo sus vacas.

Nota: Las palabras seguidas de un asterisco se explican en el Glosario, en página 61.



En el norte, para vivir, hay que tener vacas.
Y si no, hay que tener cerdos, buenos cerdos para hacer chorizos, bondiolas y jamones, y así pasar el frío del invierno.

Como no hay cerdos, aunque más no sea hay que tener cabras, que viven del aire y andan por los cerros comiendo pastos duros cuando ya no queda nada.

12

En el norte no es fácil pasar el invierno, pero los abuelos de Juan pasaron, mal que mal, muchos inviernos, gracias a sus vacas.

Hasta que la sequía, los gobiernos y los ladrones de ganado los dejaron sin ellas.

Entonces empezaron a cuidar las vacas que tenían otros.



Una canción del país de Juan dice:

*Las penas y las vaquitas
se van por la misma senda.
Las penas son de nosotros,
las vaquitas son ajenas.*

Cantando esa canción, también los padres de Juan cuidaron las vacas de los otros.

Sabían llevarlas a la veraneada en busca de pastos verdes, curarlas de las pestes, chuccearles* el vientre si se empastaban, ordeñarlas, batir manteca y hacer queso.

Pero ya ni la leche, ni las vacas, ni las tierras eran de ellos.



Entre los ladrones de ganado, la sequía y los gobiernos, los patrones de los padres de Juan también se empobrecieron.

Así fue que empezaron a trabajar ellos, ya no necesitaron a los peones, y los despidieron.

Por eso, el padre y la madre de Juan se quedaron sin trabajo, y ya no hubo dinero para ir al parque de diversiones, ni para comer palomitas de maíz, ni para comprar cuadernos.

Tampoco para zapatos ni para abrigo.

Ni para alimentar a un caballo, o aunque más no fuera a una burra vieja...

Pobres como estaban, comenzaron a vender las cosas que tenían.

Primero una mesa que no usaban.

Luego unas tazas que heredaron.

Después un poncho tan liviano que podía apretarse en un puño.

Y más tarde una manta con un dibujo de rombos.

16

Hasta que la madre de Juan dijo: «a este paso nos quedaremos con lo puesto».



Dos

Cierta vez, el padre de Juan fue a vender un gallo viejo al pueblo más cercano y vio en el almacén una revista con fotos de una ciudad muy grande.

Cuando llegó a su casa, se lo dijo a su mujer.

Desde entonces, por las noches, mirando la luna o las estrellas, la madre de Juan le pedía a su marido que hablara de aquella ciudad.

Sentado bajo el molle* que estaba junto a la casa, el padre de Juan contaba una y otra vez lo que había visto.

Y, mientras contaba, la ciudad se hizo grande en la cabeza de Juan.

Más grande que el cerro.

Más grande que el monte.

Más grande que el llano.

17

Cada noche, junto al molle, bajo el cielo negro como un carbón, el padre agregaba algo a su relato.

Un detalle nuevo cada vez.

Y Juan lo escuchaba atentamente, como se escucha un cuento.

Hasta que una noche, la madre dijo:

—Tenemos que ir a la ciudad, y vivir allá, porque en la ciudad se vive bien.

—¿Sí? —preguntó Juan.

—Sí. Y nadie pasa penurias —contestó el padre

—¿Nadie? —preguntaron al mismo tiempo Juan y su mamá.

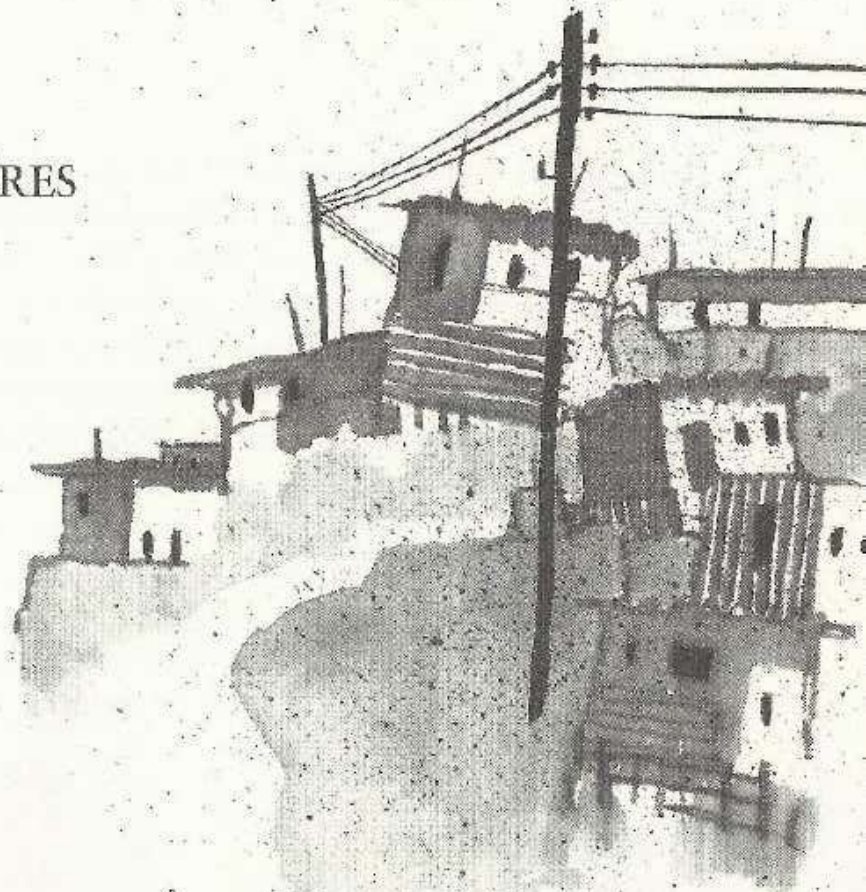
—Nadie.

Así fue que de tanto hablar de la ciudad, los tres quisieron conocerla.

Y hacia allá fueron.



TRES



Villa Cartón está donde está desde que el mundo es mundo. Nadie sabe quién le dio ese nombre, ni tampoco cuándo, pero hace mucho que se pusieron las primeras chapas y los primeros cartones y alguien colocó piedras y ladrillos sobre los techos para que no se volaran.

A Villa Cartón van a parar los que llegan desde el norte a buscar trabajo en la ciudad. Y a ese sitio también llegaron Juan y sus padres.

Y se hicieron cartoneros, como todos los que viven en la Villa, porque allí, hasta los niños más pequeños separan los cartones sanos de los rotos, los mojados de los secos.

Y los venden.

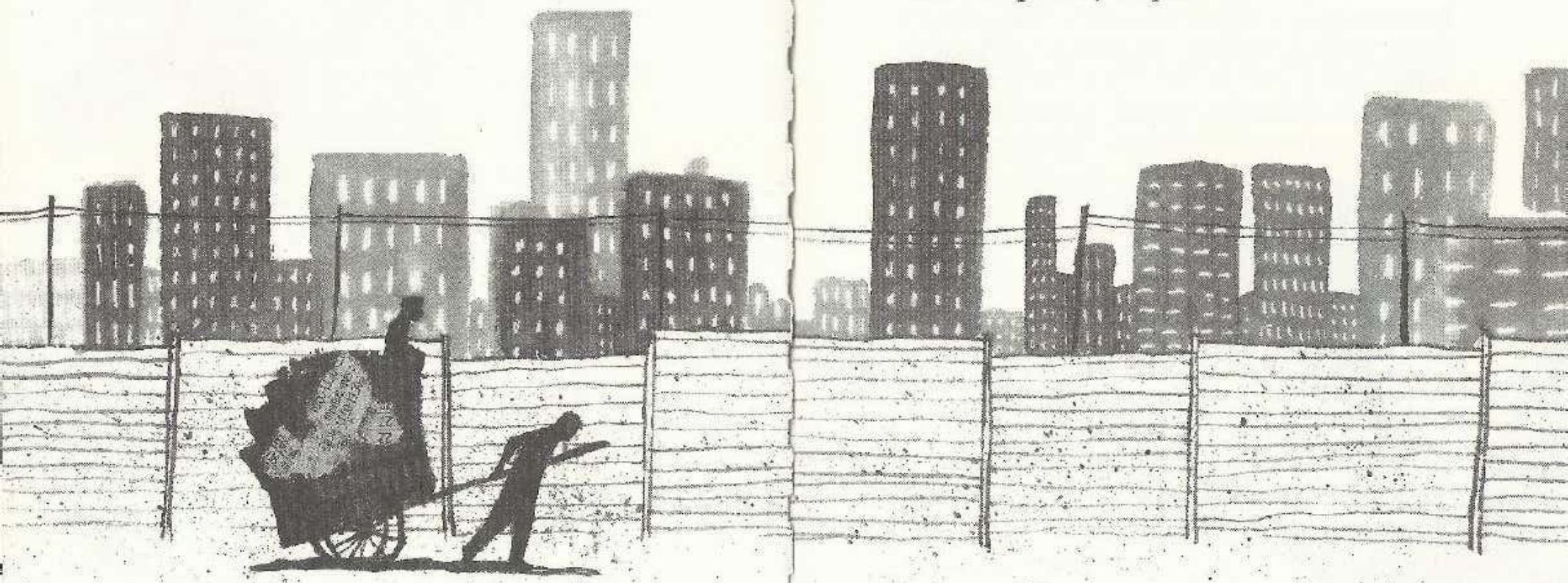
Al comienzo las cosas fueron difíciles.

Después empeoraron.

Y Juan comenzó a ir como los otros niños, por las noches, a juntar cartones y botellas por el centro.

Hurgaba en los cestos de basura, amontonaba papeles, cartones y botellas al costado de la calle, junto a la vereda, y ahí se quedaba hasta que pasaba su padre con el carro.

Entonces cargaban todo entre los dos y regresaban a la casa, cantando esa canción que habla de penas y vaquitas.



A veces, en el corazón de la noche, Juan encontraba, entre los restos de comida, una lámpara, una campera vieja, una botella panzona...

y los separaba del resto, los llevaba a su casa, los guardaba para él.

Una noche de invierno, encontró una caja forrada en tela azul. Una caja tan linda que parecía nueva. Y decidió que ahí guardaría sus cosas más secretas: una gomera, un vellón de oveja, un lazo que había trenzado su abuelo, unas semillas de mistol*... porque Juan extrañaba el norte, la fila de cerros a lo lejos, los tinales* bajando el llano, el cielo sin edificios ni cables...



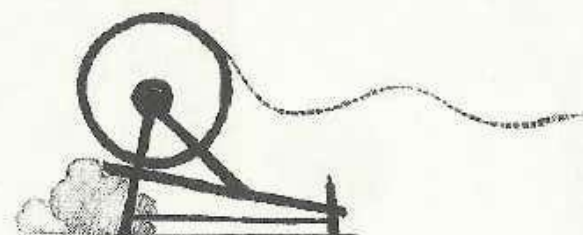
CUATRO

Los abuelos de Anarina vivieron mucho tiempo de unas ruecas que heredaron. Hacían girar mañana y tarde las ruecas, hilaban y con la lana ya hilada compraban leche, azúcar, arroz, harina, y así se alimentaban.

Trabajaban mucho en la casa y con lo que ganaban podían mandar a sus hijos a la escuela y comprarles cuadernos, zapatos y abrigo.

Cada tanto tenían un descanso, iban por un día al campo y andaban a caballo o tomaban mate retozando junto a un río.

Pero los vendavales, los gobiernos y los ladrones de lana hicieron que poco a poco fueran perdiendo sus ganancias.



En la ciudad, para vivir, hay que tener trabajo.

Y si no, hay que tener una herencia, o encontrar un tesoro bajo un puente o descubrir un yacimiento de oro y plata en el patio de la casa.

Como no hay ya tesoros ni yacimientos de oro y plata por descubrir, y como no tenían herencia, los abuelos de Anarina giraban todo el tiempo la rueca.

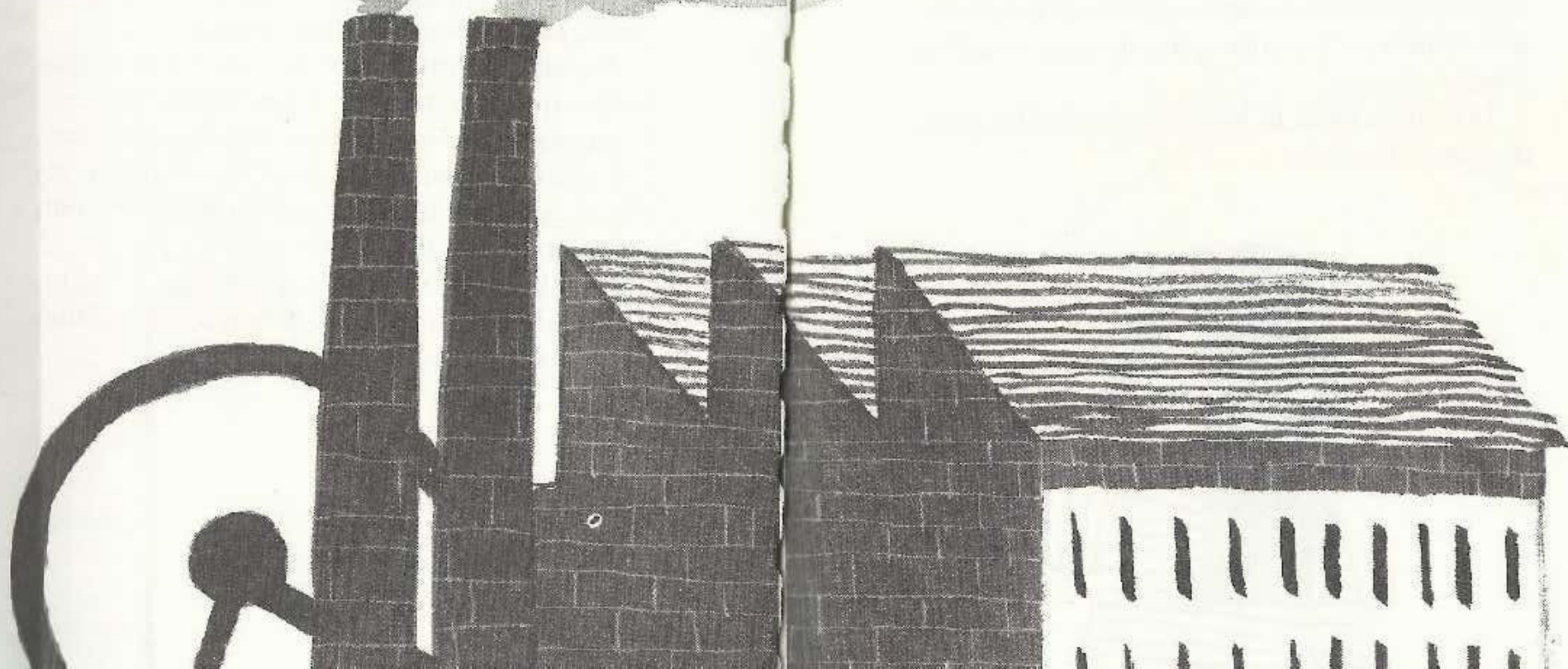
Hilaban y tejían hermosas prendas y los domingos las llevaban al mercado de ropas.

En la ciudad no son fáciles los veranos ni los inviernos, pero los abuelos de Anarina pasaron, mal que mal, muchos inviernos y veranos, gracias a sus ruecas.

Hasta que las ruecas se rompieron y se quedaron sin ellas.

Entonces salieron en busca de patrones que tuvieran máquinas de hilar y de tejer.

Y así fue como empezaron a trabajar en las fábricas.



Una canción del país de Anarina dice:

La palliri no canta
ni tampoco hila sueños,
la mirada en la tierra
la cabeza en el cielo.*

Cantando esa canción, también los padres de Anarina aprendieron a tejer en las fábricas, en las máquinas de tejer que otros tenían.

Sabían hacer abrigos y mantas, coser con cuidado las piezas, remallar* los bordes, hacer ojales y poner botones... convertir lo que habían tejido en prendas que pudieran venderse a buen precio.

Pero ni la lana, ni las máquinas, ni las prendas eran de ellos.

Entre los ladrones de fábricas, los vendavales y los cambios de gobierno, los patrones de los padres de Anarina también se empobrecieron.

Así fue que empezaron a trabajar ellos. No necesitaron tejedores, y los despidieron.

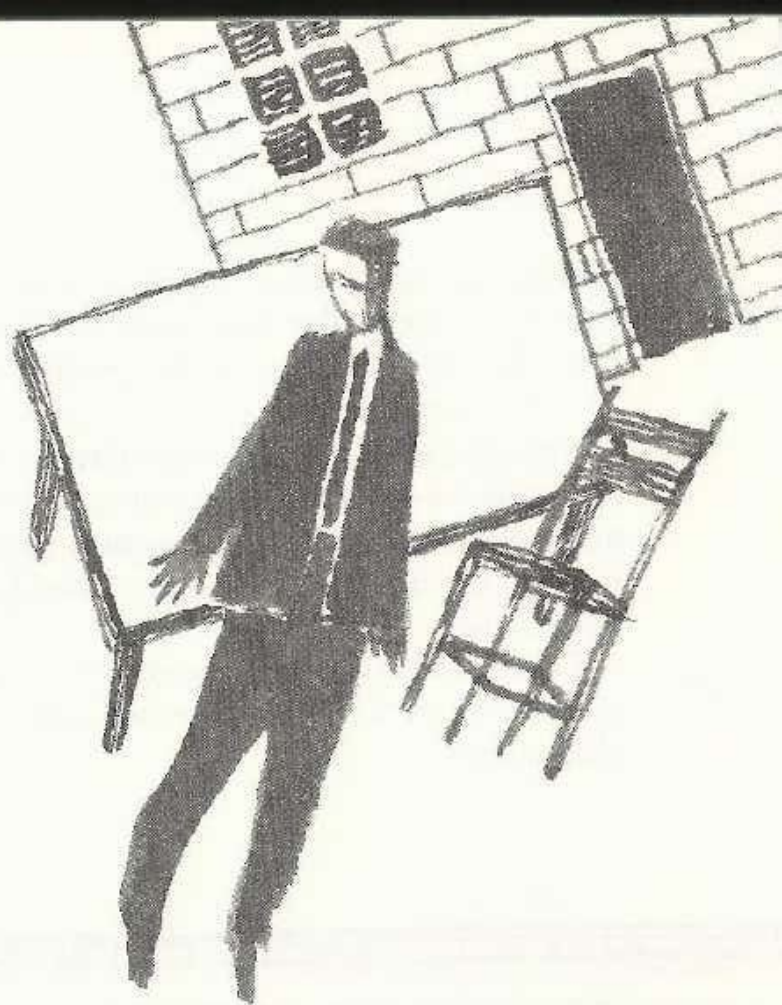
Por eso el padre y la madre de Anarina se quedaron sin trabajo, y ya no hubo dinero para ir al campo, ni retozar y tomar mate junto al río, ni para comprar cuadernos.

Tampoco para zapatos ni abrigo.

Ni para mantener la casa, o aunque más no fuera vender la que tenían y comprar una más chica.



En ese tiempo, murió el padre de Anarina.
Pobres y solas como estaban, la madre y
ella comenzaron a vender las cosas que tenían.
Primero una mesa que no usaban.
Luego unas sillas que heredaron.
Después un ropero tan cómodo que podía
albergar la ropa de una familia grande.
Y más tarde un cuadro con un paisaje muy
bonito y unos sillones de caña.
Hasta que tuvieron que vender la casa.



Alquilaron una casa pequeña en un barrio, pero como la madre no conseguía trabajo, a poco de estar gastaron lo que les quedaba.

Y tuvieron que irse.

Vivieron en la casa de unos parientes, pero los parientes eran casi tan pobres como ellas y no pudieron alojarlas por mucho tiempo.

Y así fue que también de ese sitio debieron marcharse.

Consiguieron unas chapas y unos palos y salieron en busca de un terreno baldío donde plantarlos*.

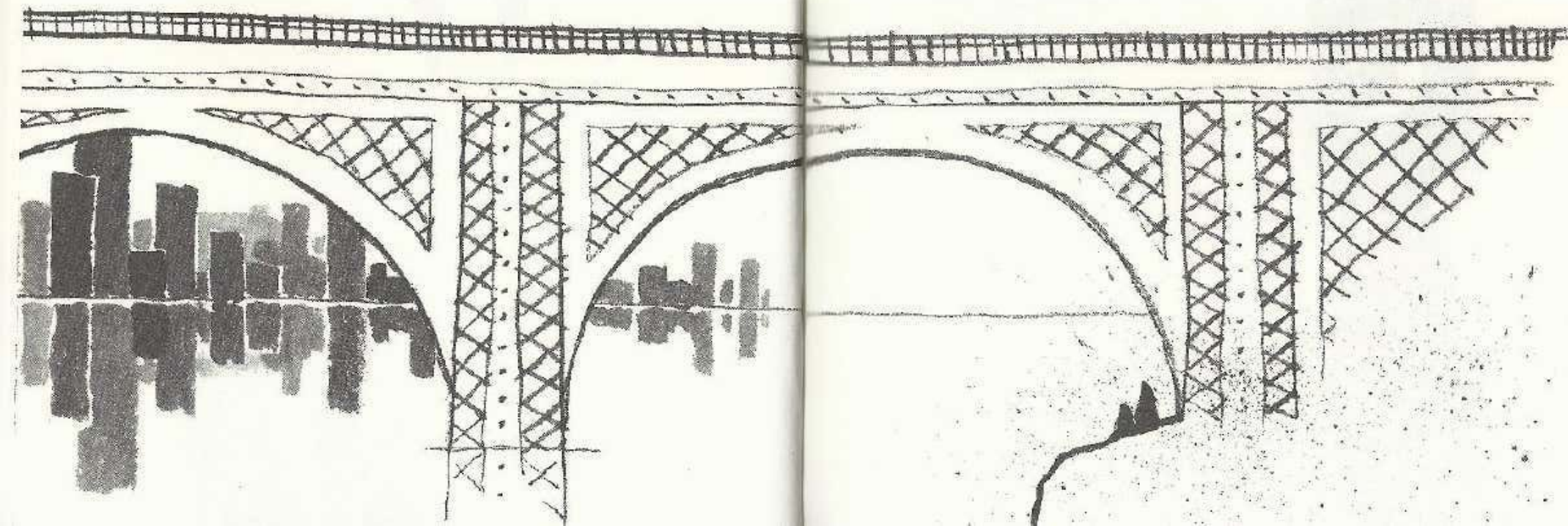
Buscaron un sitio que estuviera cerca de los parientes, pero no lo encontraron.

Buscaron más lejos.

Más cada vez.

Y finalmente en la zona del oeste, que es donde viven los más pobres.

Y como no encontraron terrenos baldíos en ninguna parte, acomodaron sus pocas cosas bajo un puente.



Desde entonces, por las noches, mirando la luna o las estrellas, la madre de Anarina le pedía al marido que le señalara un lugar de la ciudad donde ella y su hija pudieran plantar la casa.

Y a veces, en sueños, la mujer recibía señales que olvidaba al despertar.

«¿Qué te dijo, mamá?», preguntaba Anarina.

32

Pero era inútil, la madre no recordaba.



Acurrucadas las dos bajo aquel puente, la madre le prometía a la hija, una y otra vez, una vida mejor.

*Buscaremos un terreno
plantaremos la casa
en la casa habrá una mesa grande
y un mantel colorido
y un jardín con margaritas...*

33

Y, mientras decía esto, la casa que no existía se hizo grande en la cabeza de Anarina.

Más grande que el puente.

Más grande que el río.

Más grande que el abrazo de su madre.



CINCO

34

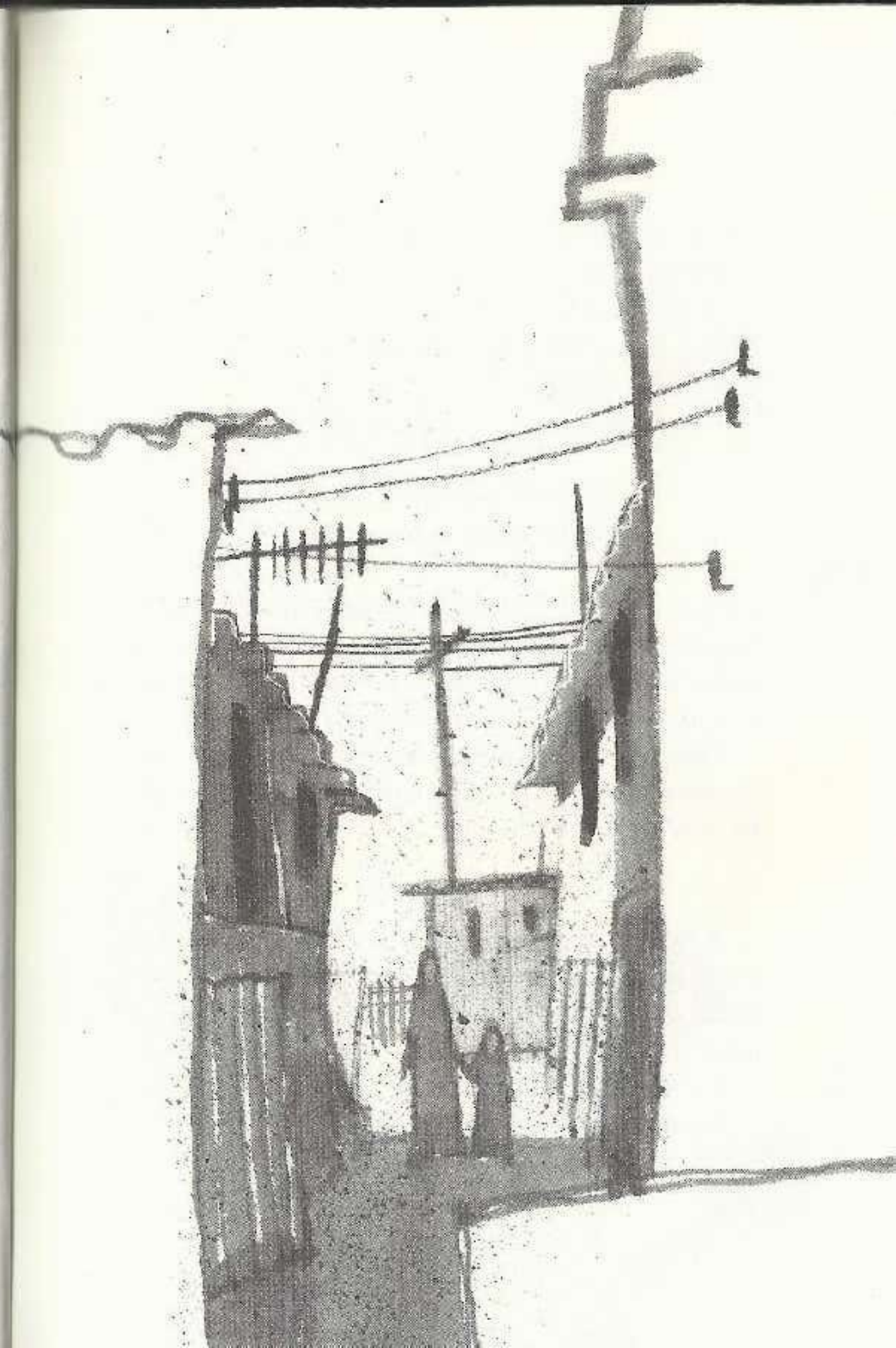
Villa Cartón está donde está desde que el mundo es mundo. Nadie sabe quién le dio ese nombre, ni tampoco cuándo, pero hace mucho que se pusieron las primeras chapas y los primeros cartones y alguien colocó piedras y ladrillos sobre los techos para que no se volaran.

A Villa Cartón van a parar los que pierden sus casas en los barrios y los que pierden su trabajo en las fábricas... y las mujeres que están solas para criar a sus hijos.

Y a ese sitio también llegaron Anarina y su mamá.

Y se hicieron cartoneras, como todos los que viven en la Villa, porque ahí, hasta los niños más pequeños, y hasta las niñas, separan los cartones sanos de los rotos, los mojados de los secos.

Y los venden.



Al comienzo las cosas fueron difíciles.
Después empeoraron.

Y Anarina comenzó a ir como los otros niños, por las noches, a juntar cartones y botellas por el centro.

Cantando esa canción que dice

*El agua que era dulce
se fue volviendo amarga*

36

hurgaba en los cestos de basura, amontonaba papeles, cartones y botellas al costado de la calle, junto a la vereda, y ahí se quedaba hasta que pasaba su madre con el carro.

Entonces cargaban todo entre las dos y regresaban a la casa, repitiendo esa canción de lo dulce y de lo amargo.

A veces, en el corazón de la noche, Anarina encontraba, entre los restos de comida, un monedero, un pedazo de blusa, una muñeca rota...

y los separaba del resto, los llevaba a su casa, los guardaba para ella.

Una noche de invierno, encontró una caja forrada en tela roja.

Una caja tan linda que parecía nueva.

Y decidió que ahí guardaría sus cosas más secretas: una foto de su padre, una pulsera de cuentas, un lazo blanco de seda con el que su madre le trenzaba el pelo cuando era una niña muy niña, un botón con cuatro agujeros, un boleto capicúa...

Porque ella extrañaba a su padre, la casa, el barrio, la vida que tenían antes...

37





En Villa Cartón, Juan conoció a Anarina. Supo que tenía el pelo muy largo y muy negro, como el cielo del norte en las noches sin luna.

La veía por las tardes, cuando regresaban de la escuela; cuando después de tomar el mate cocido, jugaban a la mancha o al gallo ciego.

Una vez le había tocado atarle el pañuelo para que quedara ciega, y entonces supo que su pelo era suave.

Otra vez, jugando al *martín pescador pasará, pasará*, tuvo que preguntarle qué color le gustaba más, si el rosa o el celeste, y ella había dicho rosa, con un susurro que se ovilló mucho tiempo en el oído de Juan.

Y una tarde que había llovido se refugiaron los dos bajo unas chapas, quedaron muy juntos y él sintió el aire caliente que salía de la boca de ella.



En Villa Cartón, Anarina conoció a Juan. Supo que tenía los ojos oscuros como el fondo de la noche y las pestañas largas como tenía su papá.

Se encontraba con él por las tardes, cuando volvían de la escuela; cuando después de tomar el mate cocido, jugaban a la mancha bajo el foco de luz de una esquina.

Cierta vez, él le ató el pañuelo para que hiciera de gallo ciego y entonces ella supo que su mano era firme.

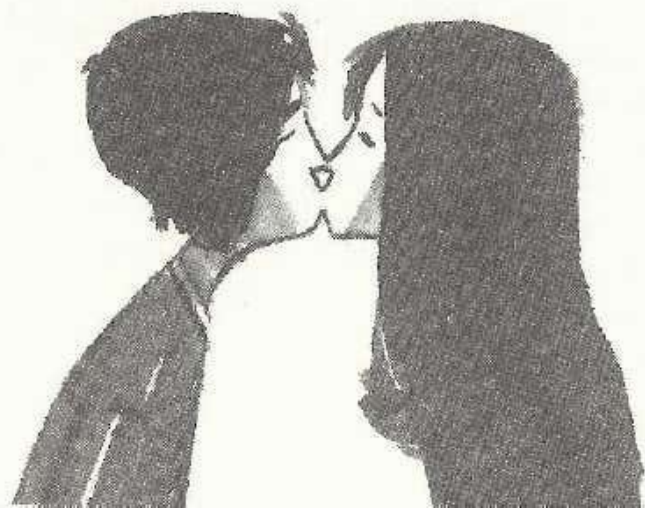
Otra vez, jugando al *martín pescador pasará, pasará*, él le preguntó qué color le gustaba más, con una voz algo tosca que quedó resonando largo tiempo en su oído.

Y una tarde que había llovido mucho se refugiaron los dos bajo unas chapas y quedaron muy juntos y ella sintió el aire caliente que salía de la boca de él y se estremeció.

Desde entonces, él la llamaba con cualquier pretexto y ella bajaba los ojos avergonzada, hasta que una tarde de farolera, Anarina se confundió y en lugar de preguntarle a Juan qué color le gustaba más, qué fruta le gustaba más, qué flor le gustaba más, preguntó: «¿Quién te gusta más?»

40

Y entonces se besaron.



SIETE

El día que Anarina cumplió diez años, Juan se animó a pedirle que fuera su novia. Pero ella dijo: «no, todavía no».

41

—¿Cuándo? —preguntó él.

—Cuando seas un hombre y yo sea una señora —dijo ella.

Y así fue que Juan pensó que debía hacerse grande para ser un hombre.
El hombre de Anarina.

OCHO

42

Una noche el padre de Juan dijo: «desde ahora, lo que encuentres en la calle va a ser para vos».

—¿Y puedo venderlo?

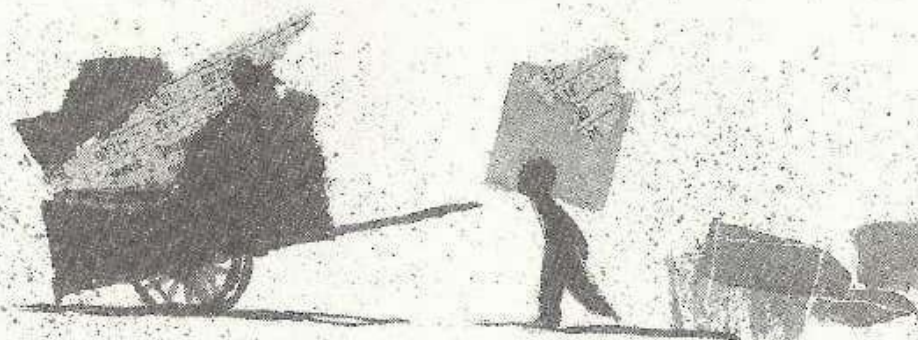
—Sí.

—¿Y con lo que gane, puedo comprar lo que quiera?

—Sí.

Pero la madre dijo:

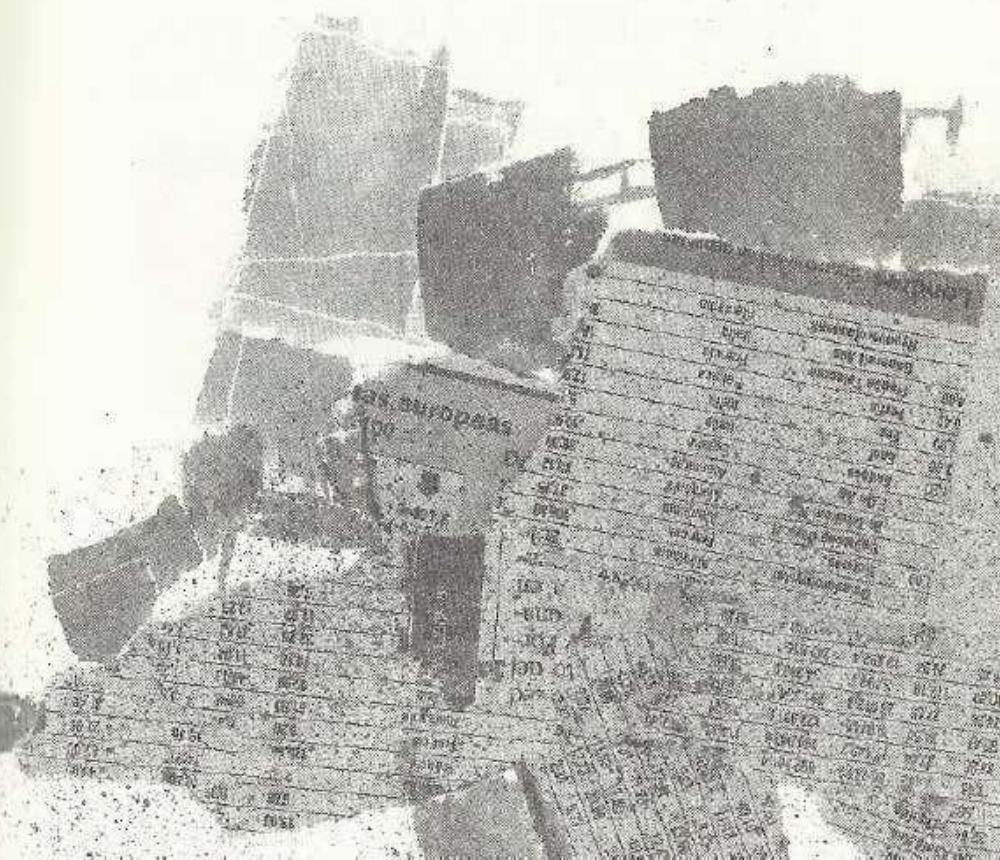
—No, lo que quiera no, lo que necesite; algo que le haga falta.



Juan separaba por las mañanas lo que juntaba en las noches: las botellas de los papeles, los papeles de los cartones, los cartones sanos de los rotos, los mojados de los secos, y salía a venderlos.

Pasó el tiempo.

Dos años pasaron.



Un día el padre preguntó:
—¿Qué vas a hacer con el dinero que has ganado?

Y Juan dijo:

—Voy a comprarme un reloj.

—¿Un reloj? —preguntó la madre.

—Sí —dijo Juan— porque los hombres tienen reloj.



Con lo que juntó en mucho tiempo, Juan compró un reloj.

Una mañana fue con su papá al centro, entró en La Suiza Argentina, miró todos los relojes que había en la vitrina, mostró las monedas y billetes que tenía, y le preguntó al empleado:

—¿Cuál puedo comprar con esto?

Le alcanzó para comprar un reloj que se llamaba *Precimax*, que tenía la caja redonda y chata, palitos en lugar de números, un pequeño cuadrado que marcaba los días y los meses, y una correa de cuero marrón.

—No es una marca conocida, pero tiene una buena máquina —comentó el empleado de la relojería.

Puso en hora el reloj, y dijo:

—Estos sí que aguantan golpes.

Después el empleado de La Suiza Argentina le puso a Juan el reloj en la muñeca y el reloj comenzó a marcar las horas, hasta que Juan creció y se hizo hombre.

NUEVE

46

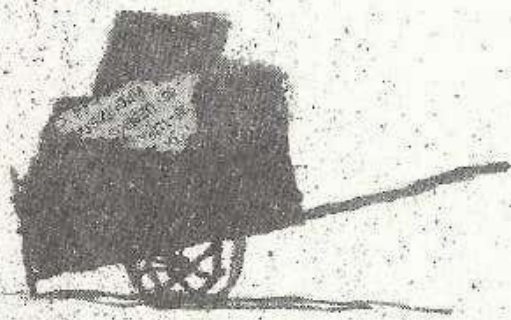
Una tarde la madre de Anarina dijo: «desde ahora, lo que encuentres en la calle va a ser para vos».

—¿Y puedo venderlo?

—Sí.

—¿Y con lo que gane puedo comprar lo que quiera?

—Lo que quieras no, lo que necesites; algo que te haga falta.



Anarina separaba por las mañanas lo que su madre y ella juntaban en la noche: las botellas de los papeles, los papeles de los cartones, los cartones sanos de los rotos, los mojados de los secos, y salía a venderlos.

Pasó el tiempo.
Dos años pasaron.



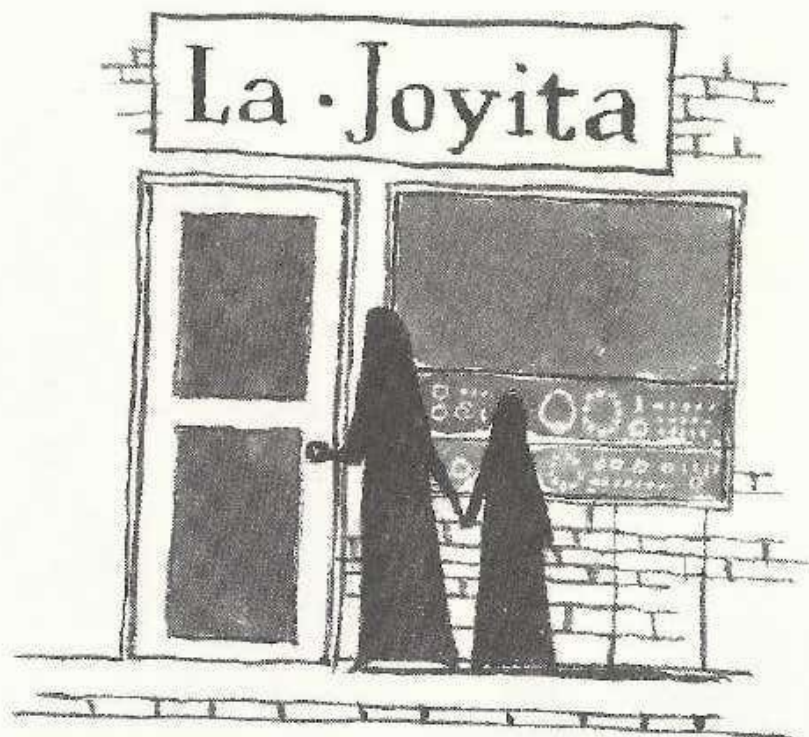
Un día la madre preguntó:
—¿Qué vas a hacer con el dinero que has ganado?

Y Anarina dijo:

—Voy a comprarme una pulsera.

—¿Una pulsera? —preguntó la madre.

—Sí —dijo Anarina— una pulsera con dijes, porque las mujeres bonitas llevan pulsera.



Con lo que juntó en mucho tiempo, Anarina compró una pulsera.

Una mañana fue con su mamá al centro, entró en La Joyita, miró las pulseras que había en la vitrina, mostró las monedas y billetes que tenía, y le preguntó al empleado:

—¿Cuál puedo comprar con esto?

Le alcanzó para comprar una pulsera de eslabones pequeños que tenía colgando una letra A.

—Es muy delicada, como la dueña —comentó el empleado de la joyería.

Y puso la pulsera en la muñeca de Anarina.

Después pasaron los años... y los dos terminaron la escuela, se hicieron grandes y se casaron.

Ella conoció a una gallega gorda y ya algo vieja que había cocinado muchos años en la cocina de un hospital. La mujer le enseñó a luchar por las muchas cosas que hacían falta en el barrio. Y los dos trabajaron hasta conseguir un comedor y un dispensario* para Villa Cartón.

50

Él conoció a un italiano viejo que había estado en la guerra y que tenía una pierna más corta que la otra. El hombre le enseñó a luchar por todo lo que hacía falta en Villa Cartón.

Y a reclamar por los derechos de los cartoneros.

Y a defenderse.

Pero nadie pudo evitar que la gente se volviera cada vez más pobre, y el país de Juan cada vez más ajeno y más extraño.

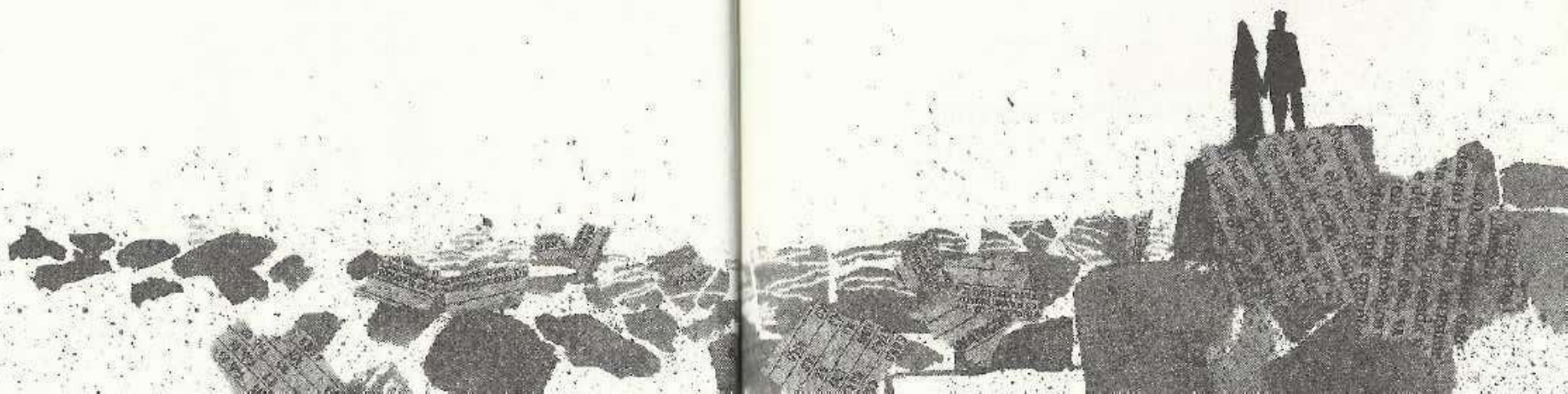
Hay una canción que dice:

*Piden pan y no les dan
piden queso y les dan hueso.*

Así son las cosas en el país de Juan, y es por eso que la gente se cansa.

51

Se cansa y grita,
llora,
lucha,
en el país de Juan.



Un día llegaron Los Hombres Violentos, en unos autos verdes, y aplastaron los gritos y el llanto de los que pensaban como Juan.

Llegaron y los persiguieron.
Olfatearon como perros en las escuelas,
en los sindicatos y en las fábricas.

En las quintas, en los obrajes
y en el campo.

En los pueblos, en el centro
y en las villas.

Y los encontraron.

Algunos alcanzaron a irse lejos,
a vivir a otro país.
Pero a muchos otros los encerraron.
O los mataron.

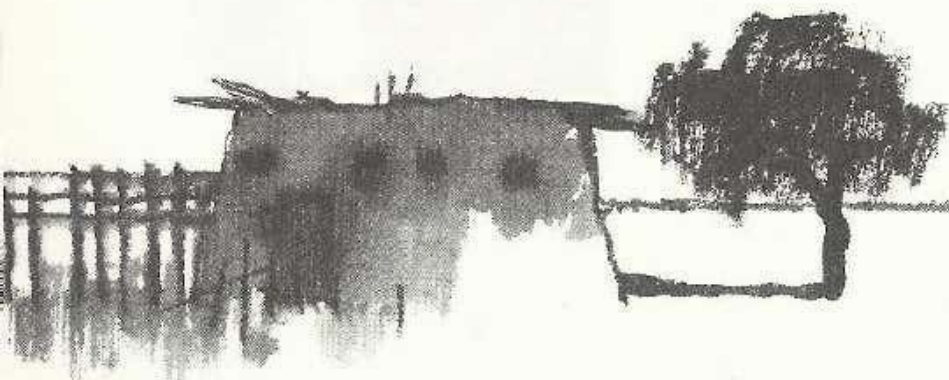
Juan estuvo encerrado en una pieza oscura y húmeda, sin saber si era de noche o de mañana, durante mil ochocientos cuarenta días.



DIEZ

54

Anarina pasó mucho tiempo tejiendo.
Todos los días que Juan estuvo en la cárcel.
Mil ochocientos cuarenta días tejiendo.
Cuando salió de la cárcel, Juan le dijo a
Anarina que quería volver al norte.
—... pero allá no tenemos nada —dijo ella.
—... acá tampoco —dijo él.
—¿Y de qué vamos a vivir? —preguntó ella.
—De lo que sea, del aire... acá ni siquiera
hay aire —contestó él.



Así sucedió que los dos dejaron la ciudad y
se fueron al norte, a vivir donde hay tunales,
mistoles y cerros azules...

La tierra era de otros, tenía dueños, pero
esos dueños la habían abandonado y en ella
no vivía nadie.

Nada más estaban el viento,
la greda*,
los zorzales.

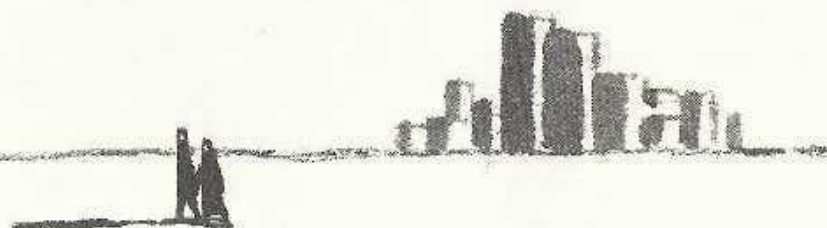
55

Juan y Anarina hicieron barro de la greda y
arreglaron la casa de adobe donde habían vi-
vido en un tiempo los padres de Juan.

Juntaron en el monte ramas y cañas y con
ellas construyeron el techo.

Con cuatro varas de quebracho, armaron
un telar.

Y con vellones prestados, comenzaron a hilar.



Anarina le enseñó a tejer a Juan.

Cantando aquella canción que dice:

*Tengo una petaquita
para ir guardando
las penas y penitas
que me van dando...*

56

trabajaban en la casa, acomodaban las vigas y las cañas del techo, acarreaban agua, o buscaban en el campo cosas para comer.

Cada tanto, bajaban un domingo a la ciudad para vender un poncho o una manta que habían tejido a lo largo de semanas.

Con lo que sacaban, pagaban lo que debían, y compraban lana otra vez.

A veces compraban también harina, aceite, azúcar... y hasta comían palomitas de maíz sentados en la plaza.

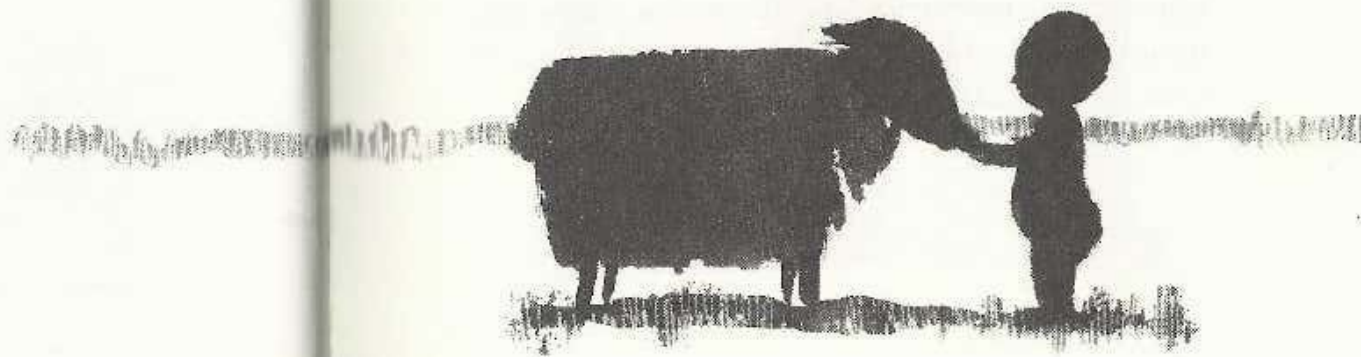
Después Juan compró una cabra.

La cruzó con el chivo de un vecino y compartieron las crías.

Vendiendo un par de crías, compró una oveja. La cruzó con el carnero de un vecino y compartieron las crías.

Y cuando nació el hijo, ya tuvo su pequeña majada*.

57



La vida en el norte no era más fácil que en la ciudad.

Había que acarrear agua desde la vertiente y cambiar las cañas del techo todos los años, pero la casa era fresca y el agua era buena.

Los vecinos estaban lejos unos de otros y costaba encontrarse con ellos, pero eran serviciales y ayudaban.

Y había que caminar mucho para dar con un almacén donde comprar algo o vender lo poco que tenían, pero empezaron con un pequeño sembradío de zapallos, porotos y maíz, y ya no necesitaban tantas cosas.

Por las tardes, frente al telar, mientras el hijo crecía, mientras Juan buscaba a sus animales en el serrano*, Anarina cantaba la canción de la petaquita.

Aquella canción antigua que inventaron las mujeres del norte.

La acompañaba el aire, limpio y seco.

Y el canto de los zorzales.

Y un cielo grande y sin cables.

Y las flores de los tunales...



GLOSARIO

Chucear: clavar un cuchillo en el vientre del animal. En el campo y para que no se empasten, se chucean las vacas.

Dispensario: establecimiento que presta servicio médico y farmacéutico a enfermos que no se alojan en él.

Greda: arcilla arenosa, por lo común, de color blanco azulado, usada principalmente para desengrasar los paños y quitar manchas.

Majada: manada de ganado lanar.

Mistol: planta de ramas abundantes, rígidas y espinosas, con flores pequeñas y un fruto con el que se suele elaborar un tipo de dulce y otros alimentos.

Molle: árbol de mediano tamaño.

Palliri: mujer que escoge los minerales extraídos de una mina.

Plantar: verbo usado con el sentido de 'asentar o colocar algo en el lugar en que debe estar para ser usado'.

Remallar: componer o reforzar las mallas viejas o rotas.

Serrano: vocablo empleado como un sustantivo, equivale a 'sierra'.

Tunal: sitio donde abunda la planta de la higuera de la tuna.

Índice

UNO	11
DOS	17
TRES	19
CUATRO	23
CINCO	34
SEIS	38
SIETE	41
OCHO	42
NUEVE	46
DIEZ	54
GLOSARIO	61



A partir de 10 años

Los padres de Juan y los de Anarina deciden abandonar el campo, huyendo de la miseria, y emigrar a la ciudad. Ya no venden vacas, ni tejen la lana, ahora recogen cartones y periódicos en Villa Cartón. Sobrevivir allí es difícil, pero el día en que las vidas de Juan y Anarina se cruzan, comienza un futuro mejor, del que ambos serán protagonistas.

Cód.: A - 6 - 0262

ISBN 978-987-06-0262-0



AIQUE **ANAYA**

POLÍTICA

09-12-2021 23:53 - EL RECUERDO DEL 10 DE DICIEMBRE DE 1983

"Democracia", una crónica de Miguel Rep

El dibujante y su hermano, el escritor Jorge Repiso, recuerdan una fecha que marcó a fuego al país. Dos pibes, protagonistas de la historia. Dos recuerdos, que son uno.

télam

09-12-2021 | 23:53



Ilustración: Miguel Rep

Esa mañana terminaba la Dictadura. Muchos no habíamos tomado aún el primer café en Democracia.

Todo parecía nuevo, hasta los pobres. El cielo parecía especialmente programado para la ocasión.

Jorge y yo nos adelantamos hasta la esquina de Av. de Mayo y Bernardo de Irigoyen. Yo miraba el piso, el macadam ultrajado por las zapatillas y zapatos de la Nueva Era. Y las palomas, como siempre, no entendían nada. Esta era una multitud distinta, esperanzada, tras una década de movilizaciones crispadas. Mi hermano medio que se

subió al verdoso cerco del subte y sacudió mi vista extemporánea hacia tantos piés con un -¡ahí vienen!

Aceleramos hacia Plaza de Mayo, la caravana era lenta pero no había que confiarse. Mucha gente ya estaba esperando allá. A la altura de la Catedral ya vimos el descapotable. Le llovían papelitos, y ovaciones correligionarias.

Apuramos el paso, yo iba adelante y miraba a cada rato hacia mi hermano, que me seguía entre la densidad humana cada metro más densa.

A los codazos, y ya tomados de la mano, avanzamos hacia la Casa de Gobierno, dentro de la cual convivían ya los infectos verdes con los recién venidos grises.

Pensar que esta plaza, hace un año y ocho meses estaba llena de muchos de los que hoy están ahí, victoreando en esa ocasión una altivez de pacotilla, y un año y medio antes se llenó de gentes rabiosas que habían aplaudido la tragedia, y ahora se darían cuenta del último cheque en blanco que habían entregado, los imbéciles estafados.

Hoy volvían a llenar la Plaza, muchos de ellos. Se persignaban frente a la Catedral, rebillikenizaban el Cabildo, y renovaban su fe en el mastodonte rosado.

La cuestión era que nosotros dos, virginales, el pelo mojado, la mirada límpida, estábamos ahí, casi en las escalinatas que dan a Rivadavia.

Y allá llega el auto, y los custodios contienen un vacío para que baje el flamante Presidente.

Cada uno defiende como puede su posición para ver a Alfonsín de cerca. Es un diciembre histórico, amerita ser un chusma, llevamos los ojos como cámaras fotográficas.

Apretujados, ya nos lleva la marea. ¿Dónde nos metimos?

Alfonsín pasa con su pelo demasiado oscuro, su bigote seguramente perfumado, y todos lo quieren tocar. Él, seguido de su mujer y el vicepresidente, ya pisan la escalinata.

Jorge y yo ya no tenemos los piés sobre las baldosas. La marea nos está subiendo.

A dos espaldas de nosotros está el flamante presidente, es decir, tres escalones más arriba. Ahí va Alfonsín, hacia su hora más feliz.

Y la veo, y me sorprenderá recordarla así, a la primera dama. Fijo mi vista en su sombrero, en su aspecto. Es una dama antigua, atrasa 40 años. No me sorprenderá tanto Víctor Martínez, su aspecto grisáceo-castrense, que traerá tantas sospechas. Ni, más allá, esperando en la puerta, a un desdibujado representante de los genocidas en retirada, Bignone, que no ve la hora de entregar el bastón. Es esa señora, cuya imagen guardaré, y me servirá años después para diseñar la reaccionaria María Lorenza de Los Alfonsín, en la revista Humor.

Y vamos, increíblemente nosotros, entrando a la Casa Rosada en la mejor hora, colados sin quererlo, hasta la calma del Patio de las Palmeras, y ahí nos frenan, y nos guían hacia la entrada de Balcarce, la de los granaderos, la grande, por donde vemos, como una escenografía teatral, con luces que iluminan a todos los actores, a la gran masa del pueblo, y nosotros, dos de los primeros colados de la Democracia. Nos miramos, pícaros, y salimos corriendo, saludando a todos, dos hermanitos que entraron por el ano del edificio y salieron por la boca de la Historia.

(Y le pedí a mi hermano Jorge Repiso Tannure que narrara la misma anécdota, sin haber leído la mía - Esto escribió:)



Ilustración: Miguel Rep

Día límpido, inolvidable para mí. Recién salido de la conscripción y con semejante panorama. Salí con Miguel desde nuestra casa en los suburbios y terminamos en la plaza frente al Congreso. El nuevo presidente se dirigía al pueblo después de su jura.

Algo pasó, y salimos caminando por la vereda par de Avenida de Mayo rumbo a Plaza de Mayo. Papelitos, fiesta en las caras, mi hermano con los dos dedos en V al aire. La plaza estaba como siempre, llena, sonaban los parlantes entre la multitud, y en Balcarce 50, unas verjas desde donde podían verse de a pie al presidente del Perú y a Elva Roulet. Recuerdo todo como impregnado de sol. Pantalones verdes, zapatillas blancas, y un libro en la mochila.

Dale, vamos! me dijo el compañero de aventuras, y fuimos avanzando de a poco, hacia la explanada. Mientras conseguíamos hacer tres pasos, Alfonsín y esposa a bordo del descapotable devoraban metros por la avenida a contramano. Subimos las escaleras, éramos miles. Logré colocarme a la par de un granadero que por momentos perdía su vertical. Nunca sabré cómo ocurrió.

El horizonte eran puras cabezas y boinas. El presidente, todavía con pelo negro, se esforzaba por subir las escalinatas, traspuso el alero de ingreso y detrás de él, todo el mundo.

No sé si empujamos o fue la gente la que nos impulsó. Tumbamos al guardia de honor, ingresando a dos pasos detrás del personaje que entraría a la historia. Los dos, y tantos más, caminando al mismo ritmo por el Salón de los Bustos. Podríamos haberle tocado el hombro, pero preferimos ingresar en su misma cadencia.

Lo vimos ir, junto a su mujer. Mi última visión es la capelina de la primera dama. Alguien nos retuvo, pero nos trató bien. Fueron diez minutos en una sala que tenía ventanales con vista a la multitud. Sonamos, me dije, ahora en cana.

Pero no, era un día perfecto. Todos se trataban bien. Como si durante esa jornada no hubiera nada en el país que pudiera empañar la expectativa.

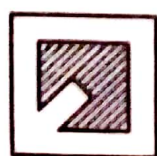
Nos invitaron a salir, y pasillo a derecha e izquierda, nos encontramos de cara a miles y miles que miraban hacia un balcón que muchos, legítimamente o no, utilizaron antes.

Me sentí parte de la historia, espero que alguien haya fotografiado a esos dos jóvenes desaliñados, con cara de cumpleaños.

Nos volvimos a casa en el 91, más tarde. Como dije antes, llevábamos un libro sobre la guerra de las Malvinas. Se imponía una revisión de todo lo padecido.

Sergio Ciancaglini · Martín Granovsky.

CRONICAS DEL APOCALIPSIS



editorial
CONTRAPUNTO

Prólogo a "Crónicas del opacdispis"

El 9 de diciembre de 1985, poco después de las seis y media de la tarde, Adriana Calvo de Laborde encendió un cigarrillo antes de hablar. La llama del encendedor temblaba al ritmo de la indignación de esa mujer baja y de mirada triste: "La sentencia fue una vergüenza, una verdadera vergüenza".

Unos minutos más tarde, en su despacho de la Cámara Federal, uno de los seis jueces se aflojaba la corbata antes de sincerarse con palabras que no se usan en los expedientes: "Aceptamos que haya críticas. Desde que empezó este juicio hay críticas. Pero los que ahora dicen que la sentencia es blanda no tienen en cuenta que este juicio tuvimos que llevarlo adelante contra viento y marea, en medio del silencio de la mayor parte de la clase política, poniendo cojones para sentar en el banquillo de los acusados a esos señores que organizaron la represión, el terrorismo de Estado, las desapariciones, las torturas. Pero también hay que entender que sentenciamos de acuerdo a las pruebas que pudieron reunirse y no como se nos ocurrió. Además este juicio permitió que las víctimas y los familiares de las víctimas pudiesen venir a contar qué fue lo que les pasó, lo que sufrieron. La puerta estuvo abierta: cada uno pudo, en serio, decir su verdad".

El juicio funcionó como síntesis de esas verdades: la verdad de la represión a través del relato de las víctimas; la verdad del mecanismo de intimidación social que el Proceso puso en práctica utilizando al mismo tiempo el secreto y la filtración de noticias; la verdad de una sociedad que de víctima potencial pasó a convertirse en testigo de los testigos del juicio; y la verdad de una sentencia que por primera vez en la historia del país remitió a Magdalena de por vida a dos ex comandantes

pero que para muchos resultó una desilusión, o incluso una vergüenza.

Pero sería difícil radiografiar al Proceso y a la Argentina del Proceso mejor que con esos fragmentos de verdad.

Adriana Calvo de Laborde explicó que distinguía la diferencia entre una tortura y otra por el ruido, algo fundamental cuando "uno tiene los ojos vendados". "Por ahí se escuchaba el ruido de alguien que se ahogaba pero no se escuchaba el ruido del agua", describió al comentar los métodos para poner a las víctimas al borde de la asfixia. Adriana fue la primera que explicó la esencia de la tortura, que además de obtener información buscaba desintegrar a las víctimas. Un día los guardias se emborracharon y mediante tormentos obligaron a un prisionero a decir: "Me la como doblada y mi madre es una hija de puta". Adriana fue la primera que explicó al Tribunal los límites de la tortura: el detenido no dijo lo que le pedían sus secuestradores.

Cuando la secuestraron estaba embarazada. Cuando decidieron liberarla el parto era inminente. "Iba en el auto a toda velocidad por la ruta que une La Plata con Buenos Aires y yo les grité: ya nace, ya no aguanto más. Y efectivamente nació, nació mi beba." Pero quedó en el piso; los secuestradores ni siquiera se la alcanzaron. La chiquita está por cumplir nueve años y puede leer el compromiso de su madre tal cual ella lo dijo al Tribunal:

—Señor presidente, ese día hice la promesa de que si mi beba vivía y yo vivía, iba a luchar todo el resto de mis días para que se hiciera justicia.

Pablo Díaz hizo una promesa idéntica tras su liberación, luego de que un grupo armado lo secuestrara por pedir en el Ministerio de Obras Públicas de la provincia de Buenos Aires que se emitiera un boleto estudiantil secundario para abaratar los transportes.

Como Adriana, Pablo también narró la esencia de la tortura. Después de preguntarle si pertenecía a la guerrilla y recibir respuesta negativa, un guardia le dijo: "Te

salvaste, pero vas a vivir si yo quiero". Y lo torturaron no para buscar información —no la buscaban— sino para demostrarle poder. Con el mismo objetivo simulaban fusilarlo. "Yo estaba mudo, llorando. Tiraron. Se escucharon descargas. Yo creí. . . estaba esperando que me saliera por algún lado la sangre. Estoy muerto, no estoy muerto. . . es un segundo. Pero qué eterno ese segundo", contó Pablo en el Tribunal.

Los nazis tenían perfecta conciencia de que la represión debía ser clandestina pero no secreta. Debía evitar las huellas visibles y simultáneamente estaba obligada a producir mensajes aterradores destinados a la sociedad, para que cualquiera se sintiese víctima potencial. ¿Hay mensaje más eficaz para provocar parálisis que la tortura por la tortura misma? Los nazis la sacralizaron junto con la muerte, y los argentinos también. Y al mismo tiempo mantuvieron en un plano esfumado, difuso, las causas explícitas de la persecución con el mismo objetivo de socializar el miedo.

El editor Jacobo Timerman contó al Tribunal que "de las fantasías de cada uno dependía la conspiración. Había quienes exigían una conspiración con los Montoneros, había quienes la exigían con el ERP, había quienes exigían con el sionismo marxista, había inclusive quienes exigían que formara parte de una conspiración de Wall Street".

Antes de su secuestro Timerman pedía, desde La Opinión, "un tribunal que juzgara, que seguramente podría recurrir a la pena de muerte, pero que hubiera una oportunidad de defensa, que hubiera libertad para publicitar los casos". Un capitán le explicó que no fusilarían públicamente porque entonces intervendría el Papa, "y contra el Papa es muy difícil fusilar".

El juicio desnudó la clandestinidad como esencia del Proceso, y la sospecha como cobertura social de la clandestinidad. Algunos tics, inclusive, continúan. El juez Guillermo Ledesma preguntó a Timerman si tenía algo más que agregar, llamándolo "señor Graiver".

—Mire usted en qué se ha convertido la palabra Graiver en este país —dijo Timerman—. Fueron declarados inocentes, su abogado fue asesinado, fueron torturados, estuvieron presos. Se declaró que nada afecta su buen nombre y honor, y sin embargo usted dice Graiver en cualquier lugar y suena más terrible que Suárez Mason, que es un asesino prófugo.

Un ex presidente amigo del periodista dijo una vez a la mujer de Timerman:

—Qué se puede hacer con un Ejército en el cual los oficiales andan en coches robados, en allanamientos, y las familias de los oficiales toman el té en vajilla robada en los procedimientos.

Alejandro Agustín Lanusse, el autor de ese comentario, también declaró ante la Cámara Federal. Convencido de la legitimidad de la represión (“la respuesta a las acciones del terrorismo subversivo debía caracterizarse por la firmeza”) el ex comandante narró una de las claves que permiten entender el té en vajilla robada: “Hay procedimientos ordenados en el Colegio Militar en los cuales algunos de los oficiales ejecutores salen encapuchados, y eso lo hacen pasando por la guardia donde hay cadetes”, dijo una vez a los generales Omar Riveros, comandante de Institutos Militares durante el Proceso, y Reynaldo Bignone, entonces director del Colegio. “Y les pregunto a ustedes si ésa es una forma de educar a los oficiales del futuro”, interrogó Lanusse.

A Lanusse el Proceso le secuestró un amigo, el ex secretario de Prensa Edgardo Sajón, que nunca volvió a aparecer. Para Adriana Calvo de Laborde el gobierno militar significó un parto en el piso sucio de un Falcon, y una promesa. Para Pablo Díaz, la obligación de recordar toda la vida aquella vez que esperó la sangre y el momento en que se desprendió de Claudia Falcone, una compañera de secuestro con quien compartió un amor de 15 minutos y el compromiso de un noviazgo en libertad. Claudia sigue desaparecida. La misma sensación de Pablo con Claudia la tuvo Iris Avellaneda con su hijo Floreal,

de 15 años, el 15 de abril de 1976, durante el secuestro de ambos. "Cuando nos pusieron las vendas él estaba mirándome. Esa fue la última vez que lo vi", dijo Iris al Tribunal. Cuando reapareció y se internó en un hospital para curarse de las torturas tenía 36 años, pero la llamaban La Vieja. Había envejecido 40 años en semanas. Floreal, el Negrito, apareció muerto en las costas uruguayas. Antes de matarlo lo habían violado.

Los generales que habían tomado el gobierno con el argumento de defender a la familia, pero violaban a un adolescente, sin duda eran parientes de los almirantes que protagonizaron el Proceso para defender la propiedad privada pero robaban los bienes de sus cautivos. A Mario Villani, que pasó por cinco campos de concentración, lo obligaron a transferir su casa de Ramos Mejía. Según relató a los jueces, se trató de una parodia: "El que entregó el dinero fue el comprador, pero saliendo de la escribanía yo les tuve que dar el dinero a ellos (a los secuestradores). Y en ningún momento me reintegraron nada".

Con Villani apareció en el juicio el tremendo dilema moral (otra forma de tortura, al fin de cuentas) del secuestrado que debe optar entre simular que colabora o la muerte. Experto en electrónica, Villani rechazó un pedido de los captores de que reparase una picana. Pero cambió de actitud dos meses después. Había notado que la picana que reemplazaba a la original producía quemaduras profundas. Villani reconstruyó una nueva colocando subrepticamente un capacitor que reducía el voltaje.

Víctor Melchor Basterra enfrentó, agravado, el mismo dilema moral que Villani. Delató a un amigo porque no soportaba las torturas y fue obligado a colaborar falsificando documentación en la Escuela de Mecánica de la Armada. Para los defensores, Basterra fue un agente doble, y en particular un agente de la ESMA. Según los camaristas no lo fue inicialmente aunque sí entre 1981 y 1983, por lo que su caso resultó inútil para

condenar por privación ilegal de la libertad al almirante Jorge Anaya. La de Bastera es una tortura de por vida. El mismo declaró que no buscaba redimir la delación (sabe que la muerte de un amigo no se redime) y sólo explicó que quería ayudar a esclarecer un episodio de la represión ilegal con las fotografías y documentos que pacientemente había ido sacando de la ESMA y que demostraron, entre otras cosas, las conexiones entre la Armada y la logia P-2 de Licio Gelli. Bastera transformó su testimonio en una enciclopedia sobre la ESMA pero deberá cargar para siempre con el peso de una sospecha sobre colaboración a dos puntas, aunque es casi seguro que su simulación fue sólo una prudente espera de la democracia.

Bastera fue miembro de lo que Miriam Lewin de García definió como el “intento de construir un grupo de apoyo al plan político del almirante Massera con mano de obra esclava”. Según Miriam Lewin, esclavizada como Bastera, Massera quería “ser otro Perón” y “tenía intenciones, y serias, de ser presidente”.

El modelo de hombre argentino —conviene recordar que Massera fue una versión metafísica de Don Corleone— debía reunir los rasgos de personalidad que la ESMA intentaba transmitir a los secuestrados en proceso de esclavización. Miriam Lewin tenía que fingir que no se preocupaba o que justificaba la muerte de los torturados, “o que no me afectaba cuando salía un grupo operativo y traía gente y yo veía cómo era torturada y después trasladada”.

Massera pudo cumplir con sus propósitos a medias. El 24 de abril de 1985 declararon en el juicio tres sindicalistas. Jorge Triaca narró que el trato dispensado por la Armada mientras estuvo detenido a comienzos del Proceso fue “ejemplar”. El metalúrgico Rubén Marcos contestó a los jueces que no recordaba muertes “bajo ningún punto de vista”. Y el telepostal Antonio Baldassini olvidó los nombres de asesinados por su actividad sindical entre 1976 y 1982, a tal punto que el fiscal

Strassera debió recordarle "un caso que es notorio, yo creo que al testigo le falla la memoria".

Con los tres, Massera había logrado el modelo de argentino amnésico que buscaban los filósofos de la ESMA. Sin embargo su teoría falló con el lucifuercista Oscar Smith, el caso que Strassera quería hacer notar, secuestrado antes de un paro de su gremio y todavía desaparecido. Y fracasó rotundamente el almirante si quiso que el olvido fuese definitivo. Miriam Lewin no podrá olvidar nunca que los torturadores debieron interrumpir su sesión más feroz de picana por un corte que se produjo cuando paró el gremio de Oscar Smith.

Así son algunos fragmentos de las verdades que se hicieron públicas en la Cámara Federal. Las crónicas de este libro, publicadas por el matutino La Razón, suman otras voces de ese conjunto de 833 testimonios que después dieron paso a la acusación de los fiscales Julio Strassera y Luis Moreno Ocampo, y a los alegatos de los defensores de los ex comandantes. Son trabajos hechos en caliente, apurados por el cierre, a los que consideramos objetivos y parciales. La objetividad está dada por los hechos: lo que se cuenta y reflexiona en las crónicas no es el producto de fantasías o sueños, sino de pesadillas y obsesiones comprobables cada día en el juicio. La parcialidad es asumida. No fue lo mismo tener que oír cómo los defensores de Leopoldo Galtieri justificaban los crímenes y los robos con argumentos de otro siglo, que presenciar el momento en el que el fiscal Strassera dijo "nunca más".

El lugar común se utilizó fuera de las audiencias para describir "los relatos dantescos de las víctimas, donde el horror se hizo presente". En todo caso podría agregarse que el horror, al margen del monto de las condenas, fue juzgado. La realidad que la Argentina sufrió

durante el Proceso, aquel Apocalipsis, se representó en la Cámara Federal. El rito de la Justicia funcionó en un país en el que hasta esas representaciones eran frecuentemente suplantadas por la parodia o, lo que es peor, por el silencio. Con estas crónicas quisimos contar cómo fue la saludable muerte de ese silencio.

Sergio Ciancaglini, Martín Granovsky
febrero de 1986

Cerrito 1136

Cerrito 1136, décimo piso, Capital Federal, es una dirección que aparecerá con frecuencia en el juicio a los ex comandantes.

En 1977 el señor Pedro Añón dio ese domicilio para una compra fraudulenta. Añón adquirió una sociedad dedicada al fraccionamiento y venta de 16 hectáreas de terreno ubicadas en Chacras de Coria, Mendoza. El terreno pertenecía a la familia Cerutti.

Uno de los Cerutti, Juan Carlos, dijo ayer a los jueces de la Cámara Federal que Añón “sugestivamente tiene el mismo domicilio que el Partido para la Democracia Social”.

El PDS, fundado por un núcleo de marinos retirados, peronistas de ultraderecha y gente sin antecedentes de militancia partidaria, respondía a Emilio Eduardo Massera.

Massera y sus amigos más dilectos habían comprado unas elegantes oficinas recubiertas de vidrios antibala, como sede para la cría del Proceso. Es decir, para la sucesión militarizada de los militares. Massera compró las oficinas para ocuparse de criar un partido, el PDS, y eligió para ello un piso entero. Quedaba en Cerrito 1136, Capital Federal.

→ Cada jornada del juicio a los ex comandantes

deja un saldo de pruebas para el alegato acusatorio de la fiscalía y una punta de hilo para desenrollar la madeja de lo que fue la Argentina durante el Proceso.

Desde el punto de vista de las pruebas, la fiscalía de Julio César Strassera tiene que estar satisfecha: con el caso Cerutti avanzó en su demostración de que el robo estuvo asociado como metodología habitual a la llamada guerra sucia de los militares. E incorporó también nuevos datos sobre privación ilegítima de la libertad de cuatro ciudadanos, dos de ellos aún desaparecidos.

Desde el punto de vista de la radiografía de una sociedad —la sociedad que convivió con el Proceso— la madeja de ayer parece conformada especialmente para dar la razón a Raúl Alfonsín cuando el Presidente se refiere a que los golpes en la Argentina fueron siempre cívico-militares.

Fueron militares los que diagramaron el Partido para la Democracia Social, pero fueron civiles quienes acompañaron a Massera y su asistente, el almirante Eduardo Fracassi, en el intento de convencer a la Argentina de que lo mejor que le podía pasar era seguir con el Proceso disfrazado de Antiproceso.

Fueron militares de alto rango los que planearon y ejecutaron el secuestro de los Cerutti, pero eran otros los que prestaban su nombre para operaciones comerciales ilícitas. El escribano Oscar Maglie, por ejemplo, labró un documento público con la firma de Victorio Cerutti. Maglie estampó el habitual "Por ante mi doy fe", pero ante él no estaba Cerutti. Lo habían secuestrado. Maglie aún trabaja en Mendoza con el registro de escribanía 560. Además de un presunto delito como el que los abogados llaman falsedad ideológica de documento público, podría haber cometido otro: compartía su trabajo como escribano con el de subprefecto de la Prefectura Naval Argentina, según consta en un oficio que Aníbal Delcas, director de Personal de la PNA, dirigió al juez federal de primera instancia de Mendoza.

Gabriel Guzzo. El trabajo de escribano no es compartible con otros.

Si las denuncias son ciertas, Maglie debía saber en qué juego estaba participando. ¿Conocía también que el anciano Victorio Cerutti fue visto en febrero de 1977 en la Escuela de Mecánica de la Armada, organismo dependiente de Massera?

Algunas respuestas saldrán de Cerrito 1136.

(M.G., 9.7.85)

La sensación de justicia y la percepción del horror

A las 19.20 de ayer el camarista Jorge Valerga Aráoz dijo a Zulema Chester:

—Señorita, su testimonio ha concluido, puede retirarse, muchas gracias.

Fue el último testimonio del juicio a los ex comandantes.

El primero había sido el del ex presidente Italo Luder, quien compareció el 22 de abril.

Zulema Chester relató su experiencia de adolescente de 12 años que presencia el secuestro de su padre y, además, lo sufre en carne propia: uno de los secuestradores de aquella noche de 1976 rompió una percha y la golpeó con la punta de clavos mientras le preguntaba “¿dónde están los panfletos?”.

A Luder lo había citado el Tribunal por pedido de los defensores. La defensa insistía e insiste en demostrar que en la Argentina se libró una guerra y pensó que Luder podía aliviar la suerte de los reos al explicar a los jueces que fue su gobierno el que ordenó a los militares el aniquilamiento del accionar subversivo. Luder no sirvió a la defensa: jamás —dijo— el gobierno peronista ordenó reprimir ilegalmente.

Aquella vez que Luder no habló de guerra, ignora-

ba que en la guerra esgrimida por la defensa un secuestrador diría a Zulema Chester:

—A tu papá podés ir a buscarlo a los zanjones.

Un ex presidente constitucional negando una guerra (inexistente) y una joven de 22 años recordando la entrada de la represión ilegal en su casa fueron las dos puntas de un juicio que tuvo su ritual propio.

Todos los días de la audiencia el secretario de la Cámara, Juan Carlos López, usó su voz de 25 años para pedir al público que se pusiera de pie o para hacer pasar al próximo testigo.

No pasó un día sin que un defensor defendiera, mediante alegatos, no a su defendido sino la metodología de la represión ilegal.

Cada día un juez debió llamar al orden a un defensor.

Un día un juez tuvo que advertir al fiscal Julio Strassera que cuidase sus expresiones. El fiscal había reaccionado cuando el abogado de Viola, José María Orgeira, llamó "detenido" a un testigo.

Un día Claudio Tamburrini contó su fuga de la Mansión Seré. Otro día Víctor Bastera relató cómo falsificaba documentación para la Marina. Gregorio Lerner narró el homicidio de su hijo Mario. El teniente primero retirado Ernesto Urien dijo haber entregado cuatro hijos de un matrimonio secuestrado a sus abuelos. Un grupo de peones tucumanos describió operativos como si se tratara de espeluznantes cuentos de aparecidos. Dos secuestradas en un centro ilegal en Córdoba coincidieron en que a la profesora salteña Hilda Cardozo la habían torturado quemándole los pechos a soplete.

Todos los días aquello parecía un desfile del horror.

Pero todos los días fue más que un desfile del horror. Precisamente por aquel ritual de justicia que se repitió todos los días.

Sin seis jueces delante, un defensor a la derecha, el fiscal a la izquierda, los invitados especiales detrás, los periodistas a los costados y el público arriba, cada testi-

monio habría sido sólo un relato trágico.

Pero enmarcado dentro de un proceso legal cada testimonio resultó una pieza clave dentro del juicio.

Cada periodista recibía diariamente la pregunta de si el horror era soportable.

Y todos los días un periodista daba más o menos la misma respuesta: la sensación de justicia compensa la percepción del horror.

(M.G., 15.8.85)

El frío

El frío endurece las mandíbulas. Le pasó al fiscal Ricardo Molinas al salir de la sala de audiencias de la Cámara Federal. Intentó una frase, se cortó, se acomodó los anteojos. “Tendría que leer los fundamentos”, comentó primero, mientras miraba el suelo buscando alguna respuesta. “Y bueno —dijo después de sacudir los hombros— me parece que la sentencia es floja en algunas partes. Yo creía que podía haber condenas más fuertes. Qué quiere que le diga: por lo menos es la primera vez que el que la hace la paga. El problema no es estar conforme o no desde un punto de vista subjetivo. En fin, qué quiere que le diga”, murmuró y se fue caminando despacio, sin levantar la cabeza. Adriana Calvo de Laborde —secuestrada, torturada y parturienta en un automóvil en el que la trasladaban durante los años llamados de plomo— ayer necesitó cinco segundos de sonrisa nerviosa antes de contestar: “¿Qué me pareció la sentencia? Una vergüenza, una vergüenza”. El coronel Juan Jaime Cesio, también en el hall central de Tribunales, se masajeaba la frente y se peleaba con las palabras: “Hay cosas positivas, digo, porque me parece que esto es un no al punto final, ¿no? Claro que yo hubiese preferido las condenas que pidió la fiscalía, y me sorprende que haya destitución y no degradación. Pero debemos aceptar lo

que resuelve la Justicia. No lo va a aceptar el familiar, la madre, que tiene todo el dolor. Pero una sentencia la tenemos que aceptar, digo”.

Al comienzo no había existido frío. Unos 150 periodistas y casi 200 invitados esperaron en la sala de audiencias una hora la llegada de los jueces. El episodio protagonizado por Hebe de Bonafini ocupó parte de ese tiempo. Con el pañuelo inconmovible en su cabeza, la presidenta de Madres de Plaza de Mayo dijo no a un agente de policía, al subcomisario Benítez, a Marta Pérez Roler (secretaria del doctor Arslanián), a Horacio Ravenna, a Luis Moreno Ocampo y al fiscal Julio Strassera. Finalmente accedió.

Es bueno tener en cuenta que los únicos que celebraron con sonrisas toda esta negociación fueron los 24 defensores de los militares.

Pero al margen de esta situación, el ambiente parecía el del 18 de septiembre, el día en el que los fiscales Strassera y Moreno Ocampo culminaron su alegato. También, murmullos y pronósticos. A las 17.48 el secretario de Cámara, Juan Carlos López, repitió la fórmula: “Señores, de pie...”, y la sala cayó en un silencio denso, emotivo, con la atención concentrada en León Arslanián. Curiosamente, las copias de la sentencia destinadas a los defensores estaban apoyadas en los dos largos bancos que ocuparon, durante el alegato fiscal, los acusados.

Cuando Arslanián leyó la condena al almirante Emilio Eduardo Massera un hombre lloró en la penúltima fila de la sala: Ragnar Hagelin, que todavía no sabe qué pasó con su hija Dagmar. A partir de la sentencia a Massera fueron notables las miradas entre muchos de los presentes, asombrados ante las penas a los demás ex comandantes que, como después lo reconoció el fiscal Molinas, se creía que podían ser más severas. El fiscal Julio Strassera no dejaba de fumar, pero se iba inclinando poco a poco sobre su escritorio. A la segunda absolución, Hebe de Bonafini volvió a ponerse su pañuelo blanco y obligó a que el doctor Arslanián le

ordenase quitárselo o abandonar la sala, cosa que hizo sonriendo. Poco después la imitó Adriana Calvo de Laborde.

Al finalizar la audiencia La Razón pudo dialogar con una de las llamadas “altas fuentes” de la Cámara. “El atraso en el comienzo de la audiencia se debió —explicó— a que se redactó la parte dispositiva a último momento, de forma de conservar en el mayor secreto la sentencia. Es comprensible que haya quienes no estén de acuerdo con el fallo, pero hay que entender que se juzga de acuerdo al expediente, a lo que se pudo probar. Se puede intuir que hubo muchos más delitos que los incluidos en la sentencia, pero no están suficientemente probados”.

A las 20 el doctor Arslanián salió de Tribunales y fue aplaudido por unas 80 personas. Esto se repitió cuando salieron Strassera y Moreno Ocampo que a una cuadra de Tribunales, en un bar tranquilo, compartieron una cerveza y un tostado, calentando las mandíbulas mientras desmenuzaban con gesto serio el enigma de los próximos días: la apelación.

(S.C., 10.12.85)

Extraño oficio

MARÍA TERESA ANDRUETTO



LITERATURA RANDOM HOUSE

Madadayo^{*}

Pocas horas después del accidente nuclear de Fukushima del 11 de marzo de 2011 —el más grave de la historia después de Chernóbil—, comencé a leer en la prensa acerca del ejemplar comportamiento de su pueblo: solidarios, silenciosos, obedientes, educados, respetan la ley, acatan el orden, ante el horror se desplazan con rapidez, pero sin desesperación. Leí esas notas como espejo invertido de nuestro comportamiento ante catástrofes naturales y tragedias provocadas por los hombres, ya que, a excepción de la solidaridad (que es algo que sí nos concedemos a nosotros mismos), carecemos al parecer de sentido del orden, serenidad, capacidad de silencio, disciplina, obediencia, sobre todo.

Me estuve preguntando qué habría dicho o estaría a punto de decir sobre lo sucedido Kenzaburo Oé, hasta que encontré sus opiniones postsunami en

^{*} *Madadayo (Todavía no)*, película testamento de Akira Kurosawa en la que un viejo maestro, que se resiste a morir, en cada aniversario responde a sus discípulos: *Todavía no la muerte, aquí está todavía el deseo de vivir con dignidad.*

la prensa escrita y en la web. Premio Nobel de Literatura 1994, Kenzaburo Oé es una de las conciencias de Japón por su fidelidad a los valores de la Constitución redactada en 1945, después de la rendición del emperador Hirohito, en la que se estipula que el país no puede tener fuerzas armadas, que —por un imperativo ético— renuncia para siempre a la guerra. El viejo escritor no se cansa de señalar la necesidad de respetar la memoria de los muertos así como la dignidad de los sobrevivientes del hongo atómico; desde hace ya mucho tiempo sus reflexiones giran en torno a los desaparecidos en los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, los expuestos a las pruebas de la bomba de hidrógeno que Estados Unidos hizo en el atolón de Bikini y las víctimas de accidentes en centrales nucleares. La evolución del movimiento antinuclear en su país y la condición de su hijo Hikari —quien padece una malformación neurológica, probablemente por secuelas de radiación, y gracias a su asombrosa capacidad para imitar el canto de los pájaros compuso música cuyas piezas han sido ejecutadas por Mstislav Rostropovich y Martha Argerich— son los motivos centrales de su obra.

“¿Qué aprendió Japón de la tragedia de Hiroshima?”, se pregunta Oé. “La construcción de reactores nucleares y su falta de respeto por la vida es la peor de las traiciones a los muertos. Una vez más debemos mirar las cosas a través de los ojos de las víctimas del poder nuclear, de los hombres y mujeres que han probado su coraje con sufrimiento. La lección aprendida del actual desastre dependerá de que quienes lo sobrevivan decidan no repetir sus errores. La impor-

tante lección que debemos extraer del drama de Hiroshima es la dignidad del hombre, tanto de aquellos y aquellas que murieron al instante como de los supervivientes, afectados en carne propia. Los muertos nos miran, nos obligan a respetar esos ideales”.

He leído estas declaraciones también en espejo, esta vez con las políticas de memoria y derechos humanos en nuestro país. No hay posibilidad de mejorar nuestra sociedad, de transformarla en una sociedad más justa, si no intentamos, a través de la memoria, reparar en parte el horror causado por la dictadura. “No hay futuro si no somos capaces de interpelar críticamente el pasado y de recordarlo”, dice Ricardo Forster. “Lo sagrado no es solo el recuerdo de aquello que es del orden de lo divino. Lo sagrado para un pueblo es el recuerdo y la memoria de aquellos que dieron su vida para que nosotros aprendiéramos a vivir mejor”.

“La ceremonia por los muertos que cada año se lleva a cabo en Hiroshima tiene el más alto valor sagrado de Japón”, considera el autor de *Una cuestión personal* y *Notas sobre Hiroshima*. Cotejando uno y otro párrafo, que, aunque pronunciados en lugares y circunstancias tan lejanos, resultan a la vez tan próximos, se me ocurre pensar que a un hombre de la estatura ética de Kenzaburo Oé quizás no le hubiera desagradado el modo desobediente, desprolijo, imperfecto pero persistente, que va encontrando nuestra sociedad (aquellos a los que se nos ha concedido el derecho a vivir) para restaurar los puentes con generaciones cuyo dolor o cuya muerte constituyen un reclamo y un legado.

María

Esta maestra de maestros, hija de inmigrantes sirios, nació en 1919 en una casaquinta cercana al Aconquija, con mucho personal de servicio, a la que fue a vivir la familia cuando el padre enfermó. Ahí, a la temprana muerte de sus padres, una criada analfabeta se convirtió en su nana y la marcó para siempre. *Era una muchacha fuerte, negra como yo, que me calzaba de un brazo y me llevaba como pájaro*, dijo de aquella que le había dado el signo y había determinado su sino. Fue a la escuela con los hijos de quinteros y jardineros de la zona, como fondo los cerros y la selva, y la temprana relación con distintos sectores sociales y con el mundo rural definió todo lo que iba a hacer después.

Estudió Pedagogía y Filosofía en la Universidad de Tucumán, tuvo su primera experiencia docente alfabetizando a obreras de una fábrica de fósforos y, mediando los años cuarenta, conoció al editor Alberto Burnichon, luego su compañero y padre de sus hijos. En 1974 y 1975 trabajó con campesinos aborígenes, desde los valles calchaquíes al Pilcomayo. *Ahí me di cuenta de que ese era mi país. Con los chiriguano vi*

que no me servían las cartillas hechas en Buenos Aires. No podía empezar por mamá, tenía que empezar por agua, porque agua es la palabra vital para el chiriguano, hombre de río.

En la noche del 23 al 24 de marzo de 1976, militares, invadieron su casa de Villa Rivera Indarte, la saquearon y secuestraron a toda la familia, poco después el cuerpo de su marido fue encontrado con siete balazos en un aljibe de Mendiolaza. Cesanteada por el gobierno de Isabel Perón, con la familia dispersa, fue a vivir a Buenos Aires, donde trabajó primero como voluntaria y después como empleada en el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos. *El eje de nuestras vidas no es el de los místicos, la vida misma pide vitalidad. Yo no aceptaría una vida tranquila, porque la situación de todos no merece que uno opte por olvidarse de lo que les pasa a los otros.* En 1987 la Universidad de Córdoba la reincorporó, en 1988 el Consejo Superior la eligió decana de Filosofía y Humanidades, cargo que ejerció hasta 1990. Desde allí promovió la creación del centro de investigaciones que dirigió hasta su jubilación, pero jubilarse no era para ella: hasta los 83 años viajó por todo el país porque *hay que ir donde están los maestros*, y dejó su marca en docentes de todas las provincias.

Los ejes de su vida fueron la enseñanza a los pobres del campo y de la ciudad, la formación de maestros, la niñez olvidada, los aborígenes despojados de su tierra y su identidad. Murió el 21 de noviembre de 2003. Pausada en el hablar y con su acento nortño, daba siempre la impresión (verdadera, por otra parte) de ser “una mujer del campo”. *Yo era la menor y an-*

daba mucho entre el personal de servicio. Ahí conocí lo que es el trasfondo de una sociedad. Después, a mis 18 años, cuando empecé a alfabetizar a obreras, salí asombrada de que esas mujeres, en su analfabetismo, supieran más que yo con toda mi universidad. ¿Qué es enseñar?, le preguntaban. Escuchar, tal vez. Escuchar mucho... estar atento al gesto del otro.

Se llamaba María Saleme de Burnichon, pero su nombre fue acortándose hasta que empezamos a llamarla —con una familiaridad que nos adjudicamos como un derecho— apenas por su nombre. En *Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)*, Borges escribe: “Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad *de un solo momento*: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es”. Todos los cuentos de Borges podrían leerse en torno a esa idea: hay en la vida un momento único que nos resume, justifica y organiza. Menos platónicos, también nosotros podemos ver cómo una frase dicha al pasar define a una persona. En la marcha de un 24 de Marzo de hace ya unos cuantos años, ella se abrió paso entre los marchantes hasta donde estábamos y le pidió a mi marido, que tenía por entonces una granja educativa: *¿Podrías conseguirme dos patitos?* Marcha en la que camina una mujer que tiene la perseverancia de una anciana y la vitalidad de una jovencita. Una militante, una madre, una maestra que hacia el final de sus días no puede olvidar su amor por el campo, lo aprendido de aquella chica *negra como yo* que terminó por criarla, y dice: *¿Podrías conseguirme dos patitos?* Cuando nuestros pensamientos, acciones y sentimientos alcanzan coherencia,

una frase puede abrochar todo lo que somos. Y algo más: cuando una persona se nos vuelve imprescindible, solo su nombre basta. Entonces la llamamos, por ejemplo, solamente María.

Esperando a los bárbaros

Bárbaro es el término que utilizaron los griegos y después los romanos para designar a *esos otros ajenos* a su cultura. Después, por extensión, esa palabra empezó a nombrar al que no usa la inteligencia sino la fuerza, y también al cruel y al infiel, que no han pasado por la fe cristiana. “Esperando a los bárbaros” es el nombre de un poema de Kavafis.

¿Por qué no acuden como siempre nuestros
/ ilustres oradores
a brindarnos el chorro feliz de su elocuencia?
Porque hoy llegan los bárbaros
que odian la retórica y los largos discursos

Dice ese poema. Kavafis, renovador de la poesía y de la lengua griega, era a su modo también él un bárbaro, un empleado ignoto de Alejandría, hijo de griegos originarios de Estambul, un hombre de los márgenes que casi no publicó en vida y solo una vez pudo ir a Grecia. Un bárbaro bajo cuya barbarie la lengua hablada, el griego de la gente común, conquistó finalmente su esplendor. El poema, que se

inspira en el anhelo de los egipcios por una invasión sudanesa que los libere de la ocupación británica, termina con:

¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros?

Quizás ellos fueran una solución después de todo.

Esos otros llamados *bárbaros* han sido, en la historia de nuestro país, objeto de desprecio, de exclusión, de aniquilación, a la vez que, en algún lugar de nuestro folclore y también en la literatura —desde Sarmiento y su *Facundo* hasta *La máquina de hacer paraguayitos* de Washington Cucurto, pasando por la América salvaje sin catequizar de la que hablaba Sara Gallardo—, se convirtieron en materia de idealización, fascinación, exotismo y otras formas espirituales de exclusión. El olvido, el borramiento, la desaparición de esos y otros muchos Otros trazan entre nosotros una línea histórica que va desde la conquista española a la conquista del desierto, desde la lucha de la civilización contra la barbarie en el siglo XIX hasta el golpe de Uriburu, la semana trágica o el 55, desde los golpes de Estado de los años sesenta hasta el golpe de marzo del 76, desde la desaparición de personas en los setenta hasta la desaparición del Estado y la pauperización social de los noventa. Una sucesión de Otros empobrecidos, robados, asesinados o desaparecidos, hasta que lo oculto, lo negado, comenzó a hacerse visible. Relatos de mujeres golpeadas en el canal de la universidad. Lucha de pilagás, tobas, wichís, mocovíes, diaguitas o mapuches en diarios y noticieros. Testimonios y alegatos en los

juicios a los represores. Investigaciones sobre las rutas del comercio de esclavos y la presencia africana en el país. Marchas por la ley de matrimonio igualitario. Marchas del movimiento campesino. Movilización de pueblos indígenas hacia Plaza de Mayo reclamando un Estado plurinacional.

Si una palabra pudiera resumir estos y otros muchos hechos y también los últimos años de nuestra vida social, esa palabra sería *mirar*. *Mirar hasta ver*. No se trata de lo nuevo, sino de lo antiguo, de lo que siempre estuvo ahí, esperando ser visto. Tal vez por eso, tenemos la impresión de habitar en un laboratorio de revelado fotográfico —un laboratorio a la antigua— en el que, bajo ciertas combinaciones, compuestos y acciones, comienza un proceso de visibilización, donde todo parece nacer otra vez, de modo nuevo y con un sentido distinto. Así, en la oscuridad de una habitación, de una sociedad o de la historia, los hombres y las mujeres que somos vemos cómo se dibujan las personas, los pueblos y las escenas de nuestro presente y de nuestra historia. Costumbres, personas, objetos y sucesos que estaban en el papel desde el momento en que la fotografía fue tomada, ahora, con algunos instrumentos y una cierta química en la composición social, pueden volverse visibles.

Como nos enseña la experiencia psicoanalítica, algún velo ha caído y hemos comenzado a ver y, una vez que comenzamos, ya no podemos detenernos: pueblos originarios, militantes políticos, víctimas de maltrato sexual, víctimas de violencia familiar, víctimas de violencia mediática, lucha por derechos

civiles, derechos sexuales, derecho de las mujeres a decidir sobre su cuerpo, derechos laborales, derechos educativos, derechos como ciudadanos, como consumidores... Una batalla de relatos por mucho tiempo perdida no nos había permitido aceptarnos, valorarnos y querernos como somos. Las cadenas culturales son más fuertes que los cañonazos, son fuertes y no hacen ruido. Solo los bárbaros hacen ruido, hasta que finalmente se hacen oír, nos obligan a ver. Quizás ellos sean, quizás con ellos llegue, para nuestro país y para nosotros, como dice Konstantino Kavafis en su poema, “una solución después de todo”.

El pequeño gesto

La escena sucede en 1976, el día más frío de ese año. El 5 de julio, en la madrugada. Ellos están en el patio de la penitenciaría, en el barrio San Martín, en Córdoba. Los han sacado de la celda, todos al patio, desnudos, piernas abiertas y brazos y manos en alto. Uno junto a otro, contra la pared; prohibido volver la cabeza, prohibido conocer quién es el vecino de penuria. Los castigan en la noche helada, los amenazan; si bajan las manos, los matan. De repente un tiro, un cuerpo que cae, una voz que dice: *Uh, lo maté.*

Entre los muchos que están ahí, manos contra la pared, está quien me cuenta esta historia. En algún momento siente que no puede ya controlar la mano, el brazo; es la mano derecha que comienza a resbalársele, que no responde. Entonces alguien, que está a su lado, ese alguien a quien no puede ver, en un gesto mínimo y a la vez tan peligroso, corre apenas su mano. Pone en horquilla los dedos y sujeta la mano del otro.

Así es como una de las personas que más quiero le debe su vida a un desconocido, aquel del pequeño, casi imperceptible y a la vez inmenso gesto. Es

imposible agradecer a ese del que no se conoce el nombre, el rostro, su destino; pero sí quizás se pueda uno llamar a devolverlo en otros.

¿Qué hacemos con nuestros actos, con nuestros gestos, con nuestras vidas? Porque la vida está hecha de pequeñísimos gestos, de cada uno de nosotros, personas comunes y corrientes. Entonces vienen a mí esas líneas de un poema de Mary Oliver:

Y ahora, dime,

¿qué piensas hacer con tu única, salvaje, preciosa vida?

Miguel

Briante

Página 12

DESDE ESTE
MUNDO

(ANTOLOGÍA PERIODÍSTICA 1968/1995)



R3P

Los soñadores de la patria eran grandes

Tiempo Argentino, 27/5/1984

En la iconografía que pudiera llamarse “de la semana de mayo de 1810” faltan dos trabajos fundamentales. El primero bien pudo deberse al óleo pastoso de Subercaseaux —aunque la idea de hacerlo fue de Juan Manuel de Blanes, a quien lo ganó después la indolencia—, y el segundo a cualquier caricaturista de la época que hubiera presentado el dibujo animado. En el primero se vería la sala del Ayuntamiento, repleta por los cabildantes convocados por el excelentísimo Cabildo en la mañana del 22 de mayo —“a las nueve, sin etiqueta alguna, y en clase de vecino, al Cabildo Abierto que, con anuencia del excelentísimo señor virrey, ha acordado celebrar, debiendo manifestar esta esquila a las tropas que guarnezcán las avenidas de esta plaza, para que se le permita pasar libremente”—, y en el medio, en un lugar desde donde se hablaba, se vería a Juan José Castelli, alta la cabeza, erguida la frente, hablando y enfatizando su discurso con la mano en el aire. En el dibujo, todo sería menos solemne: en la primera secuencia, Castelli “toma en peso” a Paso —así narra Vicente Fidel López, y uno imagina que Castelli toma al hombre del cuello y de los fundillos—, lo levanta en el ai-

re; en la segunda, el cuerpo de Paso (que era escaso, bajito) cruza el aire; en la tercera, Paso, consternado, parado en el sitio de los oradores, descubre que debe comenzar a hablar.

La profusión de lluvia que derramaron después los pintores sobre el 25 de Mayo borró del decisivo día 22 estas dos escenas entre las que es difícil elegir cuál fue más decisiva. Lo cotidiano y lo heroico, lo pintoresco y lo brutal se cruzaron siempre en la historia argentina y tal vez en la de todos los países, y esos días de mayo —o ese simbólico 25— son como la piedra arrojada al agua que crea los infinitos círculos concéntricos que se abren para redondear la paradoja interminable.

Mañana llega un barco

Alguien, por aquellos días, escribió: “El odio de los criollos amantes de la independencia contra el europeo es indecible; hay muchos hijos que viviendo en la misma casa con sus padres españoles no los ven ni los hablan, y les dicen, frecuentemente, que darían la vida por sacarse la sangre española que circula por sus venas”.

Así las cosas, llegaron las noticias de la ocupación de toda España por las tropas de Napoleón, y de la primera disolución de la Junta Central, entre los acontecimientos anárquicos de Cádiz. Los vecinos de Buenos Aires, exaltados por el grupo de revolucionarios que se reunían en la esquina de Alzárga y Victoria, en el café de Marco, y formaban French, Beruti, los hermanos Vieytes, Rodríguez Peña, Manuel Belgrano, Feliciano Chiclana, Juan José y Francisco Paso, Tomás Guido, otros más y sobre todo Juan José Castelli y Mariano Moreno —los más respetados por todos— recordaron, habían conquistado el derecho del Cabildo Abierto, en el cual podían cuestionar las decisiones del virrey, y decidieron ejercer ese derecho.

Don Mariano Moreno (que había nacido un 23 de septiembre, que tiraba más bien a robusto y mostraba, de cerca, las huellas de una viruela que había tenido a los ocho años) había lanzado una tesis virulenta que era toda una consigna: el poder de los funcionarios del Virreynato, que sólo estaba respaldado por las autoridades de la Corona del reino de España, ahora desaparecida, había caducado. Por lo tanto —decía esa consigna—, en lo subterráneo, los criollos eran libres. ¡Abajo Cisneros!, era el grito que cundía en la ciudad.

El virrey, que había intentando en vano impedir la circulación de las noticias, estaba dispuesto a medir fuerzas con los partidarios de la revolución y había decidido hablar con Saavedra, coronel al mando de los Patricios, y elaborar un plan. Los patriotas ya se le adelantaron. Pueyrredón había convocado, hacía pocos días, a los jóvenes militares. Saavedra —al mando del regimiento de Patricios, principal fuerza en Buenos Aires— estaba entre ellos. Manuel Belgrano propuso la acción inmediata. Saavedra, como muchas veces, dijo:

—Paisanos, aún no es tiempo —pero tal vez no hubo la misma convicción de siempre en su voz y, hostigado por argumentos tenaces, pactó así—: Pondré al frente el regimiento de Patricios el día en que se tengan noticias de que Sevilla (donde estaba establecida la Junta Central Española) ha caído.

Belgrano se fue al campo, Castelli a su chacra de San Isidro. Saavedra, vecino de Castelli, también. Algunos de los revolucionarios seguían vigilando los acontecimientos en la aldea. Sobre todo Moreno, que como buen adicto a Rousseau, tenía por método desbrozar los hechos para leerlos desde la ideología.

El 13 de mayo, en la rada de Montevideo, ancló la fragata “Juan París”, inglesa. Lo previsible había ocurrido y la Junta

Central, arrasada finalmente por los ejércitos napoleónicos, ya no existía. España era de los franceses. Para primerear, Cisneros publicó que el "tirano" había logrado "forzar el paso de las Andalucías, y derramándose sus tropas por aquellas fértiles provincias, como un torrente que todo lo arrastra, han llegado hasta las inmediaciones de la real isla de León", y solicitó: "Vivid unidos, respetad el orden, y huid como de áspides, los más venenosos, de aquellos genios inquietos y malignos que os procuran inspirar celos y desconfianza recíprocas contra los que os gobiernan". Fue inútil.

Al anochecer del día 18 de mayo, un chasqui llegó a la chacra de Castelli. Que su presencia era requerida con urgencia en la aldea, le dijo. El mismo mensaje para el coronel Saavedra, su vecino de alambrados. A Belgrano, ya le habían escrito: "Venga, que lo necesitamos". Mientras tanto, Vieytes, Rodríguez Peña, Francisco Paso y Agustín Donado, que los habían mandado a buscar, se reunían en lo de Martín Rodríguez y para apurar las cosas llamaron a Viamonte, ascendido a teniente coronel un año atrás, en los sucesos de 1809, cuando los militares "patriotas" habían defendido a Liniers hasta ocupar el mando de la Legión de Patricios, los cuerpos de Montañeses y Arribeños, el batallón de Pardos y Morenos y los húsares de Pueyrredón. Viamonte, a quien le propusieron derrocar al virrey esa misma noche, dijo que no haría nada sin consultar a Saavedra. Los revolucionarios siguieron reunidos y Saavedra llegó directamente —recién al otro día— a lo de Viamonte.

—¿Aún dirá usted que no es tiempo? —le dijo.

Otros historiadores cuentan que llegó, sencillamente, a lo de Rodríguez Peña y que la pregunta atribuida a Viamonte fue de todos.

—Si ustedes no me imponen de alguna ocurrencia que yo ignore, no podré satisfacer la pregunta —dijo.

Le hablaron de la fragata, le mostraron los papeles públicos y la proclama de Cisneros.

—Ya es tiempo, y manos a la obra —dijo Saavedra.

De la conspiración a la revolución

A partir de ahí —era el sábado 19 de mayo— los acontecimientos se precipitan y se ahondan. Saavedra y Belgrano entrevistan al alcalde de primer voto Juan José de Lezica y piden el Cabildo Abierto, que sucederá el 22. Casi sin eufemismos, le dicen que si no lo autorizan los funcionarios, lo mismo lo hará el pueblo. El mismo día, el doctor Castelli entrevistaba al doctor Julián de Leiva, síndico procurador del Cabildo, de quien se dice que se hacía el amigo de los patriotas pero estaba muy claramente del lado del virrey. El Cabildo fue concedido, no sin un oscuro propósito urdido por Leiva: la cuestión era admitir la participación en las decisiones de gobierno de algunos patriotas, pero conservando al virrey en su puesto. Para el virrey, sus palabras querían decir que no habría mengua de poder; a los patriotas, les diría que el virrey pasaba a ser una mera figura decorativa.

Muchas cosas deben haber ocurrido en esos dos días que la historia no cuenta. Por aquel entonces, Buenos Aires contaba con 45.000 habitantes; el virrey Cisneros —apunta Rodolfo Puiggrós en *La época de Mariano Moreno*— sólo consideraba “vecinos de distinción y de nombre” a 3.000, según un informe de Cisneros al rey de España. De esa resta monacal —los otros eran “chisperos” o “manolos” para el virrey— había que restar mucho más, seleccionando a quienes concurrían al Cabildo Abierto. Dice Puiggrós que si esa tarea se dejara a la consideración arbitra-

ria de los señores del Cabildo era evidente que los patriotas no serían mayoría. Así que los revolucionarios exigieron que el reparto de las esquelas se efectuase “bajo la severa vigilancia de Belgrano, constituido en la Sala de Audiencia del Cabildo, como representante del pueblo”. Mientras tanto, French y Beruti preparaban a los “chisperos” para la acción. Por supuesto, no era suficiente la presencia del patriota para garantizar que las 450 esquelas previstas llegaran a ser distribuidas con justicia. Pero el pueblo, apostado en los alrededores del Cabildo, logró una estrategia tan perfecta que haría, después, quejarse a Cisneros de que las tropas apostadas por él mismo en las bocacalles de la plaza negaran el paso a algunos españoles y, después de quitarles las tarjetas, se las dieran a patriotas que no las habían recibido.

Se llegó a las nueve de la mañana de ese 22 de mayo, no sin entredichos, peleas, oleadas de chusma orquestadas por los patriotas. Alguien, después, diría que la revolución fue gestada por una élite, sin participación del pueblo. Sin embargo, la presencia de los “manolos” alrededor del Cabildo, y la comunicación que se establecía entre esa “chusma” y los patriotas que estaban adentro —mediante “comunicadores” hábilmente colocados en ventanas, de guardias que oían o transmitían, en los intersticios de la seguridad de los españoles— demuestra lo contrario.

De esta pelea entre secreta y vociferante, el Cabildo Abierto queda, por fin, constituido por 251 personas: se destacan, en esa enumeración, 64 militares, 27 sacerdotes, 17 abogados, 58 comerciantes, 24 funcionarios, 31 vecinos sin calificación.

Empieza la Asamblea, y desde afuera llegan los gritos de ¡Abajo Cisneros!, como un leitmotiv. Habla el Excelentísimo Ayuntamiento por boca del actuario Núñez: “Evitad toda renovación o mudanza”, era la primera frase, y eso contiene todo

su florido mandato. "Despreciad medidas estrepitosas", dice, y recomienda un camino medio. Tesis de Leiva, claro.

Eran tiempos de desconcierto para la clase media que comenzaba a formarse, así que el discurso no era tan errado.

Pero, subrayando —o revelando, con su énfasis medieval— las intenciones de las autoridades cuestionadas, habló el obispo Lué y Riega, quien invocó las bulas expedidas por los Papas —América es de los españoles— y dio, finalmente, en agravios: "Los americanos tienen la obligación de obedecer y acatar las resoluciones emanadas de la Metrópoli y en el caso que toda la península cayera en poder de los herejes franceses los españoles que en la América tienen el gobierno civil y eclesiástico están facultados para constituir el gobierno que quisieran con el fin de conservar estas colonias a S. M. don Fernando VII o a sus sucesores, y hacerles entrega de ellas el día que recupere su libertad, de la que está privado por causa de un déspota".

En la pausa que el obispo dejó para acentuar el efecto de oratoria, entró —desde adentro y desde afuera— un solo grito:

—¡Que hable Castelli! —según narran las crónicas, con el inevitable signo de admiración o fervor. Castelli, en ese momento no registrado por la iconografía que ya se ha mentado, habló.

Otros historiadores —esta versión es la de Vicente Fidel López— organizan una larga lista de oradores hasta que llega este momento. Pero López alguna vez sostuvo que esto es lo que escuchó siendo chico, y ese mismo día, y de su padre, que estuvo ahí. Castelli se para. "Orador destinado para alucinar a los concurrentes", habían dicho del antiguo alumno del colegio de Monserrat, en Córdoba, dominador del latín y perfeccionado en leyes en la Real Carolina Academia, de la Choquechaca que terminó en Charcas. Dicen que primero balbu-

ceó y después, entrando duramente en tema, se asombró —“curiosa novedad nos trae el obispo”, dijo— de que según Lué ahora los “hijos ya no heredan a sus padres. Los extraños, los mercaderes que no han hecho otra cosa que enriquecerse a costa de nuestros trabajos son hoy los herederos”. Y en precisos meandros jurídicos demostró la nulidad de las autoridades, representantes de una Corona desaparecida, hasta concluir: “Porque el pueblo es el origen de toda autoridad, y el Magistrado no es sino un precario ecónomo de sus intereses...”.

Una rara consternación o silencio —narran algunos— corrió por la mayoría de los presentes, tal vez no demasiado listos para gobernarse solos. Entre el partido español y el patriota nació el inevitable partido conciliador, llamado el partido del Cabildo por un observador. De ahí nace un arduo tejido de discursos que gradualmente, por la inteligencia del fiscal de lo civil, doctor Villota, desembocará en la tesis planeada por Leiva, con el argumento de que cualquier decisión tomada por Buenos Aires debía ser antes consultada por todos los pueblos del Virreynato, para que las fuerzas de la plebe, sediciosas, no hirieran más a la madre patria. “No sería heredarla, sino despojarla por un acto violento que sería atentatorio también a los derechos de las demás provincias, privándoles que los ejerciten como los ejercita el pueblo de la capital, harto agitado, por desgracia, para inspirar confianza.”

Silencio final y todos miran a Castelli. Algunos piensan que lo han impresionado los argumentos de Villota. Tal vez dudó, y vio el terreno perdido. Ahí viene la segunda falta de recuerdo visual de la que se habló. El doctor Paso tirado al ruedo, el doctor Paso a punto de hablar, para recuperar el terreno perdido por los patriotas.

Paso medita unos momentos, señala que es un gran honor re-

ner que debatir con un hombre tan ducho en los principios de la ley, dice que no cree que haga sofismas sobre ellos, pero —trayendo ejemplos de Roma, de Grecia y aun de España misma, y partiendo de argumentos con los cuales, para hacer de intermediario, Villota había refutado al obispo Lué— arriba a la conclusión de que el derecho natural de los pueblos —y aun de los hombres, y de los esclavos mismos— a protegerse cuando el amo los ha abandonado, estaba sancionado por el testimonio de la historia. Larga es la disertación y otra vez cunde el desconcierto, entre la multitud de aplausos. En la Asamblea se pide a gritos que se vote, y en la plaza responden: “¡Abajo Cisneros!”.

Por la cesación del virrey votaron 53 militares, 16 abogados, 18 sacerdotes, 22 comerciantes, 6 funcionarios, 10 alcaldes de barrio, 24 vecinos sin clasificación y otros, hasta sumar 164 votos; por la permanencia del virrey votaron 10 militares, 6 sacerdotes, 23 comerciantes, 15 funcionarios y otros, hasta sumar 61. Curiosamente, entre los 26 que no votaron, hubo 2 militares y la mayoría la formaron 12 comerciantes.

La elección había sido definida por 164 votos contra 61. A Leiva, a Cisneros, no les iba bien.

La votación había concluido pasada la medianoche. El virrey —según Castelli— no halló arbitrio ni de engañar ni de tiranizar al gran Pueblo ilustrado y enérgico de Buenos Aires... y supo todo el mundo que nadie podía insultar a un Pueblo virtuoso quedando impune.

En ese pensamiento durmieron los patriotas, o no durmieron, de júbilo. “La operación de tomar por escrito —así dice López— el parecer de cada votante era tan larga que, a eso de la una, se decidió suspender la asamblea y citar a todos los concurrentes al otro día para firmar el acta. Pero a esa hora era de toda notoriedad la inmensa mayoría que había votado

por la separación del Virrey y por la delegación de las facultades electorales en el Cabildo.”

No todos pensaban lo mismo. Vicente López pasó frente a Mariano Moreno, quien, como si no quisiera irse, pensaba, con cierto aire de tristeza, en un rincón. López le preguntó si estaba cansado. Moreno le contestó que siempre había pensado que el Cabildo podía traicionarlos, y que acababa de saber que eso sucedería. Lo tranquilizó hablándole de Leiva, un amigo seguro.

—Leiva, Leiva —dijo Moreno—. Sí. Confíe usted en este comodín, que de uno y otro lado lo que hará será lavarse las manos como Pilatos.

Fue así; Leiva y el Cabildo querían un gobierno dominado por el Cabildo y presidido por el virrey. Costó convencer al virrey de que esa estrategia —ceder cierta parte del poder para diluir el cambio que de otro modo sería inevitable— era válida, pero finalmente aceptó. Los entretelones son múltiples. Pero el día 23 los patriotas despertaron de su sueño. Porque aunque de la correspondiente regulación de votos estuvo claro que el virrey debía terminar en el mando, el Ayuntamiento dio vuelta todo y resolvió que “el Virrey no sea separado absolutamente, sino se le nombren acompañados, con quienes haia de gobernar, hasta la congregación de los Diputados del Virreinato...”.

Tomás A. Anchorena y Manuel José de Ocampo, notorios en una comisión creada al efecto, habían contribuido a que el virrey aceptara ese canje y, mucho antes de que el documento fuera leído a los votantes, llegaron rumores de la indignación que corría en el pueblo por la trampa. “Los cuarteles de patricios y de las demás tropas —dice López— estaban en una fermentación que por instantes tomaba las proporciones de una corrida a las armas.”

El 23 a la noche acudieron los comandantes a la cita del Ca-

bildo para informarse de lo que ya sabían por el pueblo. Martín Rodríguez, comandante de húsares, protestó y habló de traición a lo que el pueblo había votado y resuelto.

Leiva le preguntó al comandante de Dragones, José Ignacio de la Quintana, su opinión. “Particularmente –dijo el militar– yo acepto la formación de este gobierno, desde que el señor Saavedra acepte ese puesto en él; pero no creo que pueda ofrecer apoyo efectivo si los Patricios y los Arribeños estuviesen disconformes.”

Leiva señaló que el miembro más influyente en el nuevo gobierno iba a ser el señor Saavedra y que, además, entraba al gobierno Castelli. Eso aseguraba la justicia a los patriotas. Saavedra, más bien conservador y solemne, señaló que la agitación en los cuarteles era muy grande y que consultaría con sus amigos si aceptaba el puesto.

En la misma noche, hubo un encuentro –orquestado por Leiva– entre Saavedra y Castelli. Leiva consiguió –con argumentos– que los dos aceptaran los cargos. Salieron. Castelli, inquieto, fue derecho a lo de Rodríguez Peña. Ahí estaban todos los amigos, exaltados. Nicolás Rodríguez Peña no lo dejó respirar: –Yo –dijo Castelli– renunciaré.

Algunos lo vivaron, don Gregorio Tagle no. Tagle dijo que debía aceptar, para no dejar solo a Saavedra y demostrarle adónde querían llevarlo los españoles. Se aprobó por unanimidad que Castelli aceptara, pero el pueblo –en el que French y Beruti seguían trabajando, seguramente–, ya había tomado bandera y en la madrugada del 24 velaba las armas en los cuarteles y hacía rondas en las calles.

A eso de las siete, los peones y alguaciles del Cabildo tuvieron que salir a pegar los bandos. Los esperaban los “manolos” de Beruti, quien ya había lanzado un panfleto donde –después

de larga charla en lo de los Rodríguez Peña— se proponían los nombres de un nuevo gobierno. “Saavedra—dijo Julio César Chávez, en *Castelli, el adalid de mayo*— será el vocal presidente, representando a los militares partidarios de la revolución; el prestigioso jefe de los Patricios ha de ser el puente que permitirá una tranquila transición entre el *ancien régime* y el nuevo sistema, entre la colonia, donde naciera, y la patria, donde iba a morir. Castelli, el principal interesado en la novedad, representará junto con Belgrano a los iluminados soñadores, al reducido grupo de precursores de la revolución. Alberti al clero. Azcuénaga a las clases conservadoras patricias. Matheu a los españoles que aceptan la mudanza de los tiempos. Larrea a los peninsulares partidarios decididos del movimiento americanista. Para las dos secretarías son preconizados Juan José Paso y Mariano Moreno, figuras de gran prestigio intelectual y moral.”

Con esa lista, otro bando, esperaba el pueblo alzado a los ujieres del Cabildo que salían con el papel y volvían trasquilados, o no volvían, y se pasaban al pueblo. El bando del Cabildo era quemado en las calles, como un ritual. Ya no se durmió en la noche del 24 al 25; entre fogatas, se vio pasar al fraile mercedario Juan Manuel Aparicio, de a caballo y con pistola al cinto, animando a las tropas, sublevando a la multitud y predicando en los corredores de la casa capitular la libertad y la independencia.

En algún momento del día anterior, el Cabildo había querido insistir en su propuesta, contra el escrito que le habían mandado los patriotas, que no era otro que el que circulaba en las calles. Saavedra le había informado a Cisneros que todos los cuarteles estaban en armas, detrás de ese escrito. No hubo caso: el virrey se resistió a la humillación de abandonar el poder. Castelli apuntaló las palabras de Saavedra. Afuera,

seguían arrancando y quemando el bando del Cabildo, acto que la ley declaraba punible con penas muy grandes. Afuera gritaban: “El pueblo quiere saber de qué se trata”, y Saavedra y Castelli apenas habrán necesitado un gesto para señalar al virrey quién respaldaba las exigencias de los patriotas.

Cisneros dice que, entonces, todos debían renunciar. Castelli se apuró a ratificar esa exclamación del virrey, y empezó a escribir: “En el primer acto que ejerce, esta Junta Gubernativa ha sido informada por dos de la agitación en que se halla el pueblo...”. Cisneros lo interrumpió. Que pusiera parte del pueblo, dijo. Castelli, tal vez por cortesía, aceptó. Alguien cuenta que Leiva preguntó dónde estaba el pueblo y Castelli o Saavedra lo llevaron a la ventana.

Con el tiempo, en esa misma plaza, muchas veces a lo largo de la historia, el pueblo, repitiendo la misma escena, aprendería a contestar por sí mismo esa pregunta de Leiva.

Tal vez el 25 de Mayo amaneció “nuvlado y yubioso”, como en los cuadernos de primer grado. Ese día, la nueva Junta juró, en confraternidad y de rodillas, por el rey, pero eso fue una simple astucia.

El resto, es esta patria.

La novena y la promesa

Página 12, 5/8/1990

A la hora cero del martes que viene, como todos los 7 de agosto, mucho antes de que Saúl Ubaldini se haga presente como todos los últimos años, la multitud formada en dos largas filas que cubren, a lo largo, más de treinta cuadras de los alrededores de la estación Liniers, empezará a moverse, a entrar a la iglesia de San Cayetano. Gente de toda edad y de varias extracciones sociales —aunque predomine, oscuro, el pobrío del gran cinturón industrial, de las villas, de los terrenos bajos donde se dispersan casas precarias— desfilará hasta las tres, cuatro de la mañana del miércoles, hasta que todos hayan tocado al santo del lugar, o le hayan visto de cerca, y hayan dejado su agradecimiento o su promesa.

Mientras esa gente —calculada en unas ochocientas mil personas— desfile, se celebrará una misa cada hora, y cada quince minutos se impartirán bendiciones. Eso, el martes. Pero ayer, a las tres de la tarde, una larga fila de carpas flanqueaba, desde la vereda, la calle que cruza frente a la iglesia. En su mayoría la gente que las ocupa asiste a las novenas, pero también están ahí esperando a sus familiares, para tener un lugar anticipado en una de las colas, la de aquellos que tocarán el Santo “al que se le va a pedir trabajo”.

María de Monzón —67 años— viene desde Quilmes “desde ha-

ce treinta y siete. Este año, ahora, vengo a agradecer porque mis dos yernos encontraron trabajo. Y para pedir por toda la gente de trabajo que no tiene trabajo". Ella es de Entre Ríos y vende querosén en su casa. En su carpa —verde, deportiva, con cierres relámpago— hay un catre prolijamente extendido. La primera vez —allá, hace tanto tiempo— vino porque habían llegado de afuera y "mi marido no conseguía trabajo".

Su amiga, desde la silla de enfrente —mientras sigue tejiendo una bufanda—, dice: "Era como es ahora, que si uno no tiene una coima, no consigue trabajo. Al que no tiene padrino no lo bautizan en este país". Entonces una señora le dijo que por qué no iba a San Cayetano, que San Cayetano la iba a ayudar. "Vine —retoma doña María—, consiguió trabajo mi marido, desde entonces vengo todos los años. En aquel tiempo, venía a la mañana bien temprano, para entrar. Yo cuando pido, no dejo nada, ni vela ni nada. Después, si se me cumple, dejo mi donación de dinero, cuando puedo."

La transformación de las ofrendas al Santo en plata, en comida para otros más necesitados, empezó "con los padres que estuvieron aquí en los años setenta", recuerda uno de los padres de San Cayetano, Carlos Nievas, de 36 años. "Les costó, a los padres, cambiar la costumbre de las ofrendas."

San Cayetano es considerado por la Iglesia como el santo de "la providencia". Pero su historia —nació noble y rico, renunció a todo para compartir la suerte que corrían los pobres de Italia del siglo XIV, asistió a los condenados en la cárcel, combatió la usura— lo hizo "el santo patrono de los trabajadores". Fue entonces, en el año treinta, cuando "el padre que estaba al frente de San Cayetano acertó con la idea de que el pan y el trabajo era lo que nuestra sociedad necesitaba pedirle a Dios. La gente captó esa idea, y la fue manteniendo a lo largo de los

años". Todo pivotea, ahora, alrededor del trabajo. "En los últimos años, esa problemática se ha acrecentado. El momento que vivíamos, por ejemplo el 7 de agosto del año pasado, fue un momento muy duro. Se aumentan los pedidos al santo. Mucha gente de clase media viene a pedir la ayuda que no encuentra a nivel del Estado, a nivel privado."

Al lado de la iglesia, en las santerías, las ofertas rebasan los límites del culto católico; claro, en las vidrieras se alinean sahumeros, amuletos, símbolos que evocan hasta a la macumba. "Es cierto —dice el padre Carlos—, San Cayetano convoca a gente de otras religiones, judías, o que siguen a alguna secta protestante, al pedir por el trabajo. Porque pedir trabajo, esa demanda que se le hace a San Cayetano, es algo que tiene que ver con la supervivencia. Por eso nosotros bendecimos a todos, bendecimos los objetos que ellos traen, bendecimos las manos de los trabajadores." Vendrá, como todos los años, Ubal dini: "Es cierto que si vienen estas personas públicas hay más barullo. Pero ésta es la casa de Dios, y abre sus puertas a todo el mundo".

Un mundo duro, a juzgar por los pacientes preparativos de afuera, por la gente de las carpas. Muchos de éstos, los de las carpas, son familias que vienen del interior, o cumplen una promesa, o agradecen o piden por el trabajo de sus hijos. "Porque acá —dice Carmen, la amiga de María de Monzón, que dice muy bajo su nombre— es así. Yo tengo un hijo que tiene cuarto año industrial, tiene 26 años, va a pedir trabajo y le dicen ahora lo llamo, y lo anotan, ahora lo llamamos, y lo anotan. Y no lo llaman. Y yo tengo que ponerme cara firme, porque imagínese, es una edad muy triste para él. Porque un chico de 26 años que ha sido bien puesto y se viene para abajo, imagínese, yo soy la madre y la tengo que parar. Somos solos.

Así que yo vengo a pedir y agradecer. A pedir trabajo para él y agradecer que, por ahora, con mi jubilación, mal que mal, los dos podemos comer."

El lema de la celebración de este año es: "San Cayetano, no nos dejes caer en la desesperanza".

ESTRÉS DE PEZ

OSVALDO BAIGORRIA



Borde Perdido Editora

LIBROS EN CANOA

El Paraná de las Palmas es límite político y natural. Con dos kilómetros más o menos de ancho, según las zonas, el brazo meridional del Paraná marca una frontera difícil, si bien no imposible, de cruzar a remo entre municipios: la primera sección de Tigre y la segunda sección de San Fernando. Técnicamente, a esta última no se la llamaría Tigre pero el turismo y el negocio inmobiliario insisten en traspasar límites políticos. Del otro lado del Paraná de las Palmas empieza un delta menos transitado, más isleño, al que llegan lanchas colectivas de a una por día, ida y vuelta, y un par de lanchas almaceneras por semana.

Del otro lado de esa frontera, a orillas del arroyo Felicaria, un grupo de refugiadas de la urbe —mujeres en su mayoría— sostiene desde los años 50 una biblioteca fluvial que organiza cursos y actividades culturales para isleños. Una biblioteca popular que al momento en que la visité contaba con ciento treinta socios y tres mil libros distribuidos por canoa, lancha panadera, almacenera, colectiva, como se pudiese. La mayor parte de los textos, a escuelas: catorce primarias, incluyendo la isla Martín García, y una secundaria con trescientos estudiantes. Algo de loca, renegada, visionaria o ermitaña es preciso para embarcarse en esta utopía bibliófila. Amantes de la cruzada de lejanía, barro y literatura, las voluntarias que conocí vivían

en torno a un terreno de 38 hectáreas sembrado de álamos y frutales, un parque en el que se pueden comer nueces pecán que caen de los árboles mientras se hojean raras ediciones de principios del siglo XX en medio de un silencio de sala de lectura solo interrumpido por el grito de alguna pavita de monte.

Genoveva se llamaba esa artista francesa cuñada de Ricardo Rojas que llegó al Felicaria en los años 30 y donó su propiedad antes de morir mediante un testamento que durante décadas estuvo extraviado hasta ser hallado por azar en un mueble antiguo. Por eso la biblioteca se fundó como Santa Genoveva, sacralizando el nombre de pila de Genoveva Germana Agripina Lattuga de Rojas. Santa, como la santa patrona de París. O como la biblioteca enciclopédica Sainte-Genevieve, construida en 1861.

Lejos de las luces de la ciudad-luz, esta legendaria iniciativa fue también conocida como “la biblioteca del Felicaria” o incluso “la biblioteca de la isla” por ser la primera en poner libros en circulación en el Delta. A puertas de la Reserva Biósfera del Paraná con sus casi 90 mil hectáreas donde aún puede espíarse al furtivo ciervo de los pantanos, además de hurones, carpinchos y lobitos de río, la biblioteca atesora ejemplares donados por Ricardo Rojas, que solía visitar a su hermano Absalón y a su cuñada Genoveva para algún asadito de domingo. Qué libro me llevo a leer a la isla, se habrá preguntado Rojas. En los anaqueles quedaron algunas de sus respuestas: *Dogma Socialista* de Echeverría, *Alfonsina* de Arturo Capdevila, *Río abajo* de Lobodón Garra y hasta el *Cervantes* escrito por el mismo Rojas en Usuhaia en 1934.

Luego de la muerte de Absalón, la viuda Genoveva decidió legar el predio en 1958 “para beneficio de los isleños”, disponiendo que el chalet central y otras construcciones se destinen a una sala de primeros auxilios y a una biblioteca pública. Además, la propiedad debía quedar “para siempre íntegra no pudiendo jamás venderla total ni parcialmente”. Para su propio entierro, la francesa dispuso que sería “de la categoría más pobre”. Y sus restos “cremados y esparcidas las cenizas en la tierra de mi isla”.

La inglesa Marjorie Clements, otra expatriada conocida como “la señorita Clements”, se puso a la cabeza de la Sociedad de Fomento Vecinal Arroyo Felicaria y Biblioteca Popular Santa Genoveva tras la muerte de la fundadora. A fines de los años 50 sembró con álamos la casi totalidad del terreno e introdujo en la zona un tipo de nueces pecán injertadas, llamadas *mahan*, directamente de Texas. Su sobrina Victoria Clements, que se mudó al Felicaria en los años 60 ganándose la vida con los cortes de pasto, mantenimiento de parques y construcción de casas, me contó de aquellos viejos tiempos en los que la biblioteca funcionaba sin teléfono ni electricidad. Ella misma estuvo más de treinta años a farol de kerosene y sol de noche. El cableado de la civilización recién llegó en 1997 por obra y gracia de la fuerza de los reclamos de la Sociedad de Fomento.

—Un día más en el paraisou— me saludó desde su bote, en mi primera visita, Michael Yates, uruguayo-argentino criado en Gran Bretaña, de padre inglés y madre galesa, que luego de jubilarse renunció a Londres para venir a vivir al arroyo y sumarse como voluntario. Michael dejó esposa e hija en Escocia,

y parece que ni les mandó fotos porque aseguraba que ninguna de ellas había visto el cartel que describía con precisión su ranchito isleño: “La tapera del Felicaria”. Con acento inglés adquirido durante cuarenta y cinco años de vida y trabajo en UK, decía:

—Toda una “inglesada” se vino a colonizar esta parte, de los Bajos del Temor al Paraná Mini, por el Chaná, el Fredes, el Estudiante, el Paicarabí.

Para la “inglesada”, colonizar no era la mala palabra de los discursos críticos anti imperio, sino sinónimo de un sembradío, una escuela, una biblioteca popular.

Otra fue Guillermina Weil, primera secretaria de la Sociedad de Fomento y de la biblioteca, a quien algún ángel le puso en las manos el testamento de Genoveva a fines de los años 80, tras la muerte de su maestra de francés, una parisina conocida como Madame Durruty, que había sido íntima de la cuñada de Rojas. Después del velorio, la familia de la difunta dejó que Guillermina heredara algunos muebles antiguos. Y al revisar un escritorio de tapa corrediza, se encontró por azar con ese papel en el que la santa Genoveva expresaba su última voluntad.

Un Viernes Santo muy frío de 1988, Guillermina viajó con su amiga y compañera de trabajo Dora Raupenstrauch, conocida como “la Dori”, para llevar el testamento hasta el Felicaria. Los vecinos habían estado buscándolo durante años, porque alguien se había robado el documento sucesorio y había un litigio respecto al uso que se le daría al predio. A partir de ese momento, la biblioteca cobró un nuevo impulso.

—Yo siento que mi misión en este lugar es velar por el cumplimiento de aquel testamento —decía con candor Guillermina, ex estudiante de música en un conservatorio y ex cantante de coro que se mantenía en la isla haciendo velas y otras artesanías en madera, ante este cronista y el fotógrafo acompañante, Andrés D'Elía, aquella primavera de 2006 en la que visitamos la biblioteca. A un kilómetro de camino de monte paralelo a la orilla del arroyo, Guillermina convivía con Dori, veterana de un empleo de treinta años en una casa de música de Corrientes y San Martín que un día abandonó el microcentro para ser tesorera de la Sociedad de Fomento vecinal.

En la orilla de enfrente, en un cruce en bote a remo que dura cuatro o cinco minutos, vivía el presidente de esa sociedad, Gerardo Rodríguez, con su mujer Lía y sus hijas que por entonces tendrían 13 y 18 años. En los años 90 Gerardo renunció a lo que se llama un buen trabajo. Era una empresa que instalaba estaciones meteorológicas en lugares remotos, de Jujuy a Río Cuarto.

—Los viajes que hacía me ayudaron a conocer historias de otras vidas. Al ver gente en el campo me decía: si ellos pueden ¿por qué yo no? Durante años rumié la idea de venir a la isla, pero mi mujer tenía miedo de que no pudiéramos sobrevivir, en especial con dos nenas chiquitas. Un día corté por lo sano. Llegué a casa y le mostré a mi familia el taloncito del telegrama de renuncia al laburo. Ya no hubo marcha atrás.

En el Felicaria, Gerardo construyó una cabaña de madera y un horno para pan. Desmanteló su auto en Lanús y con el motor y otras partes fabricó un tractor marca ciruja pero de

probada eficacia. Con los restos de aquel viejo Citroën se puso a trabajar la tierra y transportar materiales. Tenía un súper huerto orgánico, decía que era capaz de cosechar por año más de doscientos zapallos sin contar choclos, chauchas y frutos de distintos cítricos. También construía muelles y elevadores para lanchas y armaba instalaciones eléctricas y de luces audio rítmicas como las que puso en el Felicaria Football Club. Y cada tanto asesoraba a investigadores de la Universidad de Lanús que hacían perforaciones en la zona para recuperar al biogas o “gas de los pantanos” con el que los viejos pobladores abastecían sus casas, heladeras y estufas.

Algo más lejos vivía Rudy Munz, argentino de padres alemanes, otro voluntario que se mudó a los márgenes del Felicaria desde la primera sección de islas, donde el boom turístico hacía que “todo se pareciera cada vez más al microcentro porteño”. Seguramente exageraba, aunque había que darle la razón cuando sostenía que la calidad de vida se mide en distancias: “tener un vecino a cinco metros o a quinientos”. Tal vez la exageración es síntoma de sano delirio. Algo así ha transportado a estos seres tan lejos sobre la superficie de los ríos.

En aquella mitad de la década del 2000 se calculaba que unas ochenta familias vivían en el área. Además de distribuir libros y videos a un vecindario fluvial, las voluntarias organizaban talleres de alfabetización y cursos de terminación de la primaria, daban clases de inglés y matemáticas, organizaban talleres de teatro y de poesía y se ocupaban de que cada joven o adulto aprendiera a leer, sumar, manejar su dinero, escribir

una carta.

Quijotesco: el amor por la lectura no es un sentimiento tradicional entre isleños. Pero las utopías se fundan contra la corriente. Y estas heroínas que vinieron a colonizar el Felicia arrastradas por su mística y su terca esperanza parecía que estaban sembrando un pedazo de futuro en el barro del Delta. Quizá ese es todo el material que se necesita para la creación de un mundo.

PIQUETEROS DE RÍO

Se reunían en la Estación Fluvial de Tigre a discutir, informar y enseñar a los turistas de dónde venían el mal olor y la basura flotante. La mayoría, de sectores medios urbanos amantes no de la “vuelta a la tierra” sino de la “vuelta a la isla”. Gente que tuvo casa de fin de semana durante años hasta que se asentó definitivamente en el Delta. Otros, isleños de pura cepa o por décadas de residencia, incluso sin haber nacido allí. Gente que eligió vivir en este paisaje acuático por razones de paz y belleza. Enamorados del río, aprendieron de repente que el objeto de su amor estaba envenenado. Se hicieron especialistas en medio ambiente a la fuerza. Y en contra de inversores y operadores turísticos que preferían que no se hablara del tema, se empeñaron en explicar por qué está en peligro la más importante fuente de agua potable de Buenos Aires a menos de treinta kilómetros del centro de la ciudad.

Empezaron a reunirse los primeros domingos de cada mes como Asamblea Delta y Río de la Plata en marzo de 2006, luego de que un pico de contaminación arrastrara vertidos industriales y cloacales del río Reconquista hacia el Tigre, el Carapachay y el Caraguatá. Pero la pelea viene de antes.

—Acá vivimos a la salida del esfínter— me decía Martín (Nunziata), fundador de la Unión Amigos del Delta Argentino

y de Apro Delta, en su casita del Carapachay entre altas pilas de carpetas y libros sobre medio ambiente, bajo las lámparas y pájaros de sauce diseñados por él mismo.

—El Delta del Paraná es un humedal regulador de mareas, proveedor de oxígeno, purificador de agua y hábitat de especies animales y vegetales, crítico por su cercanía a una ciudad de 14 millones de habitantes y a orillas de una fuente de agua dulce superficial que, al paso que vamos, en las próximas décadas será uno de los recursos principales del planeta. Y lo estamos destruyendo.

En octubre de 2006, una Asociación de Abogados Ambientalistas presentó un recurso ante la Suprema Corte de Justicia por la recomposición y el saneamiento del río Reconquista, cuando el tema cobró visibilidad gracias a la campaña de pintadas, carteles, manifestaciones y pedidos de audiencias públicas iniciada por vecinos nucleados en esa asamblea que de algún modo era arrastre o herencia de las asambleas post-crisis del 2001-2002.

—Estamos agotando las vías administrativas y políticas— me decía Ana María (Subirana), abogada, que tuvo casa de fin de semana “desde siempre, gracias a mis abuelos” aunque en el 2003 se mudó en forma permanente a la isla—. Solo al venirme a vivir aquí pude tomar conciencia del problema. Me sorprendió, porque lo que menos te imaginás es que el agua puede estar envenenada.

Algo parecido le pasó a Cinthia (Cantarini), diseñadora gráfica y maestra de computación, que se instaló en los 90 en el Carapachay y le nació una vocación de bióloga amateur. Des-

de su muelle, asistió a investigadores que hicieron biopsias de peces y estudiaron los efectos de la contaminación en la fauna local.

—Nunca formé parte de grupos ambientalistas— nos decía Cinthia al fotógrafo Rubén Digilio y a mí mientras nos llevaba en su lancha para que viéramos y tomáramos imágenes de la basura flotante en el Reconquista—. Yo simplemente empecé a ver cómo se modificaba la calidad del agua y de la vida.

En 1941, Roberto Arlt escribió para el diario *El Mundo* una serie sobre los problemas del Delta: la burocracia que impedía o demoraba el cumplimiento de la ley que otorgaba derechos de compra a los que cultivaban tierras fiscales, la construcción de estacadas para que las olas suscitadas por grandes embarcaciones no se comieran las orillas de las islas, las amenazas a los productores de frutales tan abundantes en aquellos años, etc. etc. A principios del siglo XXI, los problemas ya eran otros.

—Vine aquí en busca de tranquilidad y naturaleza, pero ahora no puedo regar mi huerto con agua desde la bomba en el muelle. Hasta tengo un tanque para juntar agua de lluvia y usar la del río lo menos posible— me decía Ursula (Welz), socióloga de la UBA que también a mediados de los 90 vino y se instaló sobre el arroyo Gallo Fiambre. Vaya nombre. Su marido Ramón (González), isleño desde el primer año de vida, trabajó en un astillero y recordaba con nostalgia:

—Cuando era pibe, pescaba, nadaba en el río. No lo hago más. Ahora lo miro desde el muelle. Si tenés una lastimadura, se te infecta en contacto con el agua.

Ambos participaron en la asamblea vecinal desde el inicio. El saneamiento del Reconquista fue siempre la prioridad pero no el único reclamo: frenar los rellenos ilegales y los intentos de dragado y diseminación de barros contaminados, proponer plantas de tratamientos de residuos además de diseñar proyectos de áreas de paisaje protegido, de turismo rural y desarrollo sustentable.

Y exhibieron cierta creatividad en las formas de protesta. Inventaron un tipo de piquete náutico o piquete de río que es cruza entre el corte de calle o de ruta y la intervención en lanchitas como las que solía poner Greenpeace frente a barcos balleneros, aunque el mar no puede cortarse a lo ancho como una vía fluvial. Un domingo de octubre de 2006, entre las 11 y las 13, o sea justo en la hora pico en que los turistas se embarcaban para almorzar en recreos y restaurants deltaicos, más de sesenta botes, kayaks y canoas isleñas se plantaron sobre las olas frente a las lanchas colectivas y los grandes catamaranes. Estuve en uno de esos botes. Vi llegar a la cabeza de esa manifestación náutica una imagen espectral, alucinatoria: una mujer de pie, toda vestida de negro y con un tul sobre su rostro, parada sobre la proa de una lancha, arrojando flores al río como contraseña para el inicio del piquete. Fue emocionante. Luego, más bien que hubo bronca entre los comerciantes cuando muchos turistas desistieron de viajar hacia sus destinos, se bajaron de las lanchas colectivas y volvieron a sus casas. Incluso se dio el caso paradójico de residentes de la isla que apoyaron la protesta desde la costa y no pudieron retornar a sus viviendas hasta media tarde a causa de la congestión y el retraso.

—Si querés hacer algo contra la contaminación, hacelo pero sin perjudicar a los que trabajamos acá— se me quejaba el dueño de un restaurant en Tres Bocas, donde ese día la clientela se redujo a menos de la mitad. Lógico: aquellos que vivían del turismo, o estaban aguas arriba y recibían corrientes más limpias del Paraná, se sentían lejos del problema. Y más lejos todavía, los que iban por un fin de semana con sus barcos y botellas de agua potable a internarse por el Capitán o el propio Río de la Plata.

Pero en las zonas más expuestas, la evidencia era contundente. No solo por el color del agua y la basura sobrenadante compuesta por bolsas de residuos, cubiertas de autos, muebles rotos y cadáveres de animales, entre otros restos. Lo peor era aquello que no se podía ver.

Con los años, las denuncias de vecinos llevaron a que estudios de la cátedra de Limnología de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA detectaran un aumento constante de nitritos, amonio, sulfatos, hidrocarburos y metales pesados como cadmio, cromo y plomo en los ríos Tigre y Luján, una contaminación que también fluía hacia las tomas de agua cercanas al Aeroparque, surtidoras de las canillas porteñas.

La sintieron primero quienes estaban más cerca y la vieron pasar bajo sus muelles. O los más enamorados del paisaje. Con estudios y proyectos de descontaminación en sus carpetas, confiaron en la presión pública para que se declarara en emergencia al Reconquista junto con el Matanza-Riachuelo, ya que todo termina en una única cuenca amenazada desde el norte y desde el sur: el Río de la Plata. Claro que cuando no esta-

ban con sus fotos, volantes y pancartas en la Estación Fluvial de Tigre era fácil olvidar qué significa usar ese espacio como válvula de escape: vivir en la urbe, desenchufarse, tomar una lancha, cruzar el Luján e ir a descansar un fin de semana a los sitios más remotos y apacibles del Delta. Por suerte, siempre había algún tábano molesto para recordarle a todo el mundo que el tiempo no corre a favor de los ríos.